RICCARDO BRACCAIOLI

LA MUERTE DEL MENTOR

EL CASO QUE DIO ORIGEN AL DETECTIVE MALATESTA

Riccardo Braccaioli

La Muerte del Mentor

El caso que dio origen al detective Malatesta

Copyright © 2022 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2202130473923

Depósito legal portada: 2202130473961

First edition

Cover art by Dessiree Perez SD
Proofreading by Verónica Martínez Amat

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A todos nuestros mentores.
A mi mentor de vida, Pedro, por enseñarme el camino y orientarme en la jungla de la existencia.
A mi mentor literario, Pablo Poveda, por haberme abierto los ojos sobre esta profesión maravillosa y enseñarme que muchas cosas eran factibles.
A mis padres, por creer en mí.
Y a ti, que leyendo este libro, haces que todo sea posible.

El delicado equilibrio de ser mentor de alguien no es crearlos a tu propia imagen, sino darles la oportunidad de crearse a sí mismos

Steven Spielberg.

1

23:34, Stuttgart
Taller Jürgen Klassisch
lunes, 21 de mayo del 1990

No tenía que estar allí.

Por aquel entonces, Bruno era más joven. Los planes se habían alterado. Él detestaba los cambios de última hora. Tenía una auténtica aversión a que la gente le cambiase sus esquemas. Pero la vida también era eso, imprevisibilidad, adaptabilidad. Esa noche de lunes se encontraba delante de la puerta del taller en un auténtico fuera-programa. Se había saltado el guion, se había dejado arrastrar por lo que más detestaba, por esos cambios que la vida reservaba. Se encontraba solo delante de la puerta cerrada del taller. La noche, una de las más oscuras, estaba a punto de torcerse. El descampado que tenía detrás de él se encontraba vacío. Únicamente había dos coches aparcados y una solitaria farola que, con toda su buena voluntad, intentaba iluminar el espacio.

Sabía que Jürgen estaba dentro, como acto reflejo había intentado abrir la puerta girando la manilla. Comprobó contento que la puerta estaba cerrada. Cuántas veces le había dicho que, cuando trabajase de noche, cerrará con llave. Esa periferia de la ciudad no le transmitía buenas vibraciones.

El silencio reinaba a su alrededor, fracturado por el sonido de la llave que Bruno estaba introduciendo en el paño.

La llave giró dos veces sobre sí misma. La puerta se abrió.

Bruno la estiró hacia fuera y entró de forma sigilosa para no provocar demasiado ruido. Una vez dentro, la volvió a cerrar con llave, tal y como la había encontrado.

Las luces estaban encendidas. Los enormes halógenos que colgaban del techo entre las vigas de hierro iluminaban toda la vieja nave industrial convertida en taller mecánico.

Bruno empezó a caminar. Realizó dos pasos y se detuvo. Suspicaz, escuchó, agudizó el oído, pero nada. El taller se encontraba en un silencio extraño. El coche de Jürgen estaba aparcado fuera, las luces encendidas presagiaban que tenía que seguir allí trabajando. Sin embargo, ese silencio le estaba empezando a preocupar.

—¿Jürgeeen? —pregunto Bruno levantando la voz con la esperanza de tener respuesta.

La pequeña radio que siempre se encendía cuando trabajaba solo no emitía música.

Nada, no recibió respuesta.

«Puede que esté en el despacho», quiso tranquilizarse, pero siguió avanzando. Pasó delante de la oficina, donde de día trabajaba la secretaria. ¡Vacía!, y con las luces apagadas. Rebasó el largo muro de la izquierda hasta alcanzar a ver el taller en su totalidad. ¡Nada! Del mecánico ni un indicio.

El espacio donde venían reparados los Porsche clásicos se dividía en dos partes: la primera, a mano derecha, por todo el largo del muro, se encontraban cinco puentes elevadores. En cada uno yacía un vehículo. En el lado izquierdo había pequeños boxes especializados en reparaciones con las herramientas y máquinas necesarias.

Una vista rápida y Bruno seguía sin localizar al mentor. Su estado de ánimo empezaba a alterarse. De igual manera, su latido estaba incrementando. Algo no iba bien.

—¡Qué tonto! —dijo—. Estará en el aseo.

Se dio la vuelta y casi tranquilizado se acercó al baño del taller mecánico. La puerta estaba abierta y la luz apagada. Con fuerza, entró

en el lavabo pensando que tenía que estar dentro. Tampoco se encontraba. Un escalofrío le atravesó el cuerpo. En definitiva, aquello no iba bien. Se quedó inmóvil pensando, pero sobre todo sintiendo algo inexplorado para él, la soledad, el miedo… el temor por saber. Era el sexto sentido que, de una forma tímida, estaba tocando su puerta. Eran sus primeros contactos. Como un superpoder sobrevenido que aún no controlas, más bien uno que te domina a ti. Era la primera vez que se daba cuenta de una manera consciente que algo estaba despertando en él.

Apabullado, se giró. Desconocía si estaba más asustado por no haber encontrado a Jürgen o por sentir ese presagio.

Con rapidez salió del lavabo.

—¿Jürgeeen? —Volvió a gritar con toda su capacidad pulmonar. —¡Si es una broma no me gusta!

Dominado por un miedo que más y más sentía hacia algo que no entendía y que tampoco sabía. La misma sensación que le estaba alterando.

Todas las oficinas se encontraban vacías. Entonces solo podía estar en algún lugar del taller. Tenía terror a buscar al mecánico y al no saber a qué se estaba enfrentando. Empezó a correr. Primero pasó por delante del primer coche y miró a su alrededor. Incluso se fijó dentro del auto por si lo encontraba. Nada.

Siguió con el segundo, luego con el tercero. Cuando se dirigió al cuarto, se asustó. De golpe se petrificó. Algo no estaba como tenía que estar. El quinto coche en batería no se encontraba en la posición adecuada. El Porsche 356 Monoreja, que acababa de llegar de las 1000 Millas, se encontraba torcido y se apoyaba en el suelo con el morro. Había caído de las cuatro sujeciones del puente elevador.

Bloqueado, el joven italiano no sabía qué hacer desde esa distancia. El miedo de acercarse y ver lo qué podía haber sucedido lo congeló. Los segundos pasaban, pero para él el mundo se detuvo. La premonición que había tenido, primero en casa y luego en el lavabo, no era equivocada.

Al cabo de muchos minutos, empezó tímidamente a reaccionar. Caminó de lado, no tuvo el valor de ir directo. El miedo por descubrir lo que podía haber pasado le hizo avanzar hacia la izquierda manteniendo siempre la misma distancia.

Cuando la perspectiva le concedió la posibilidad de ver lo que había sucedido, su corazón dejó de latir por unos instantes. Un infarto emocional. Una fuertísima presión empezó aplastarle desde la cabeza hasta las rodillas.

El charco de sangre sobresalía dos metros desde el coche. En medio de este se encontraban los pies de Jürgen, el vehículo lo había aplastado por completo. La pierna izquierda seguía con un ligero movimiento reflejo, como una cola de una lagartija que, aun extirpada del cuerpo, seguía moviéndose.

Bruno se mareó. No sabía qué hacer. La situación lo había arrollado desprevenido. Se sentía perdido, incrédulo delante de la película de horror que estaba viviendo.

Primero, el cerebro reaccionó delante de algo que nunca había visto, pensando que no podía ser verdad. Luego, con el pasar de los minutos, quieto como un bloque de hielo, no estaba dando crédito a lo que estaba viendo: Jürgen, su mentor, había muerto.

No siempre estamos preparados para lo que la vida pone en nuestro camino. Pero eso nos define, cómo afrontamos los retos que se nos presentan. Nos hace crecer o hundirnos. Lo que hace el camino es conducirnos al cambio. Bruno se había encontrado delante de su primera bofetada. La vida da y la vida quita. En ese momento, ya no tendría a su lado al mentor que se había presentado en su camino, habría de seguir con sus propias piernas.

Pero la vida es sabia, le había quitado a su mentor y le había despertado el arma más potente que tenía en su interior: una voz, un sentimiento, un recurso que se llamaba sexto sentido. A partir de ese momento, tenía que empezar a dominarla, no como una característica, sino como una

responsabilidad.

2

09:00, Málaga
Estación del Ave
miércoles, 14 de abril de 2019

Había sonado el teléfono a horas intempestivas.

A Bruno Malatesta, ya con cincuenta primaveras cumplidas, le cogió aún envuelto en sus sábanas. La noticia se había difundido como la pólvora. En los periódicos y en internet. Sin embargo, a él le llamaron.

Contestó casi enfadado por haberlo despertado tan pronto. Él era de estirar al máximo las horas de la mañana en la cama. Le encantaba hacer la croqueta. Acostumbrado a recibir mensajes por WhatsApp, una llamada de teléfono era siempre presagio de problemas. Y, en efecto, esa llamada no había sido de menos.

Se lanzó bajo la ducha, una de las más rápidas de su vida. Se vistió con lo primero que tenía a mano y salió disparado de casa. Sin café y sin desayuno. Había pasado un cuarto de hora escaso desde que había recibido la llamada y ya salía por la puerta. Era el efecto de su buen amigo Jean De la Cruz.

Se encontraba llegando a la estación de trenes de Málaga. El mensaje era claro: «Tarda lo menos posible». Tenía que coger el primer AVE que salía hacia Madrid. Aun así, utilizando el medio más rápido que estaba a su alcance, tanto Bruno como la familia rezarían para que llegase a tiempo. Ya no quedaba esperanzas. La situación había empeorado con rapidez.

El primer tren salía en cuarenta minutos. Decidió acercarse a la cafetería más cercana, sin pretensiones, casi dormido, necesitaba su dosis diaria de cafeína. Estaba en completa crisis de abstinencia. El primer café de la mañana era su placer, nadie se lo tocaba. Nadie, excepto el destino.

La estación se encontraba llena de viajeros a esa hora. Un día cualquiera, pero no para él. Un miércoles de mayo donde se enlazaban personas que viajaban por negocios y turistas de los primeros soles del verano.

El café resultó ser patético. Ácido, duro y con una gruesa capa de espuma marrón que le cubría, como los cafés de carretera parados en los años setenta. Incomprensible. Se preguntaba cómo podía ser que en el 2019 aún hubiera lugares en el mundo con cafés tan malos.

«Mamma mia che "ciofeca"».

Nada como su cafetera *Bialetti* gastada. Como en casa en ningún sitio. Ese líquido negro era con lo que tenía que conformarse en un día *horribilis*, que había nacido torcido.

Presentó el billete que acababa de comprar al personal de Renfe. Le indicaron a qué andén tenía que acceder, el vagón y su asiento.

El tren arrancó puntual. En pocas horas se encontraría en Madrid. En muchas ocasiones había cogido ese medio de transporte para llegar a la capital, pero nunca para lo que le esperaba esa vez. Le tocó el vagón silencioso, donde nadie hablaba, la mayoría trabajaba delante de sus pantallas. La cafeína en el cuerpo y la noticia que le despertó, le impedían afrontar el viaje durmiendo. Se había dejado en casa el libro que estaba leyendo junto a su Mac, ni siquiera le dio tiempo de acordarse de ello. Le quedaba pensar y mirar fuera de la ventanilla, o recordar los momentos más bonitos qué pasó con la familia de la Cruz. Su bondad, su apoyo, la ayuda que siempre encontró en ellos, casi como esa familia que nunca tuvo.

Aburrido del paisaje, hizo una visita a la cafetería. Tomó otro café hojeando la prensa, sin interés, solo para pasar el tiempo, sin el afán de enterarse de lo que estaba pasando en el mundo. Su mundo estaba

cambiando, otra vez. Por esa razón realizaba ese viaje.

Las dos horas y media pasaron lentas. Pero llegó a la capital. El enjambre de pasajeros que salieron del tren se dirigió hacia la salida de la estación de Atocha. La cola para un taxi era monumental. Siempre se quejaban de poco trabajo, sin embargo, cada vez que él tenía que coger uno la espera era eterna.

—¿Dónde vamos? —preguntó el taxista a Bruno.

—Al Hospital Quirón, por favor. Lo más rápido que pueda —contestó nervioso, llevaba veinte minutos esperando su turno.

El tráfico de la capital ese día no estaba de su parte. Parecía Navidad o un viernes antes de vacaciones.

—¿Va a visitar un pariente? —preguntó con curiosidad al viajero, parados en un semáforo.

—No, pero es como si lo fuese. Le he comentado de apresurarse porque todo minuto es valioso —contestó triste con un ligero acento italiano.

—Lo siento mucho. Intentaremos llegar lo antes posible, pero hoy el tráfico está imposible.

El conductor habiendo intuido a qué iba el italiano al hospital. Dejó de preguntar y cambió de emisora por una más adecuada a la situación.

La experiencia y la picaresca del taxista consiguió que llegaran al hospital antes de lo que pensaban.

El taxi le dejó justo a la entrada, el italiano pagó la carrera y salió con rapidez hacia la recepción.

Las puertas automáticas se abrieron dejando entrar al viajero apresurado. Justo en el ingreso había un mostrador de mármol claro con dos mujeres en su interior. Con cara amable y vestidas de un blanco cándido. Lo acogieron con una sonrisa. La chica de la derecha siguió los pasos de Bruno hasta el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó la señorita.

—Vengo a visitar Jesús de la Cruz.

—Sí, un momento, por favor. —La mujer puso en marcha su ordenador para identificar en qué habitación se encontraba—. El señor de la Cruz se encuentra en la sección de Oncología, en la número 25.

El rostro de la muchacha había cambiado, endureció sus facciones, entendió la situación. Le indicó cómo llegar hasta la habitación. Comprendió lo que le esperaba al visitante.

Bruno no perdió ni un solo segundo. Agradeció la indicación y desapareció de la recepción. De pronto, se encontró delante de la habitación.

Afrontar la realidad, ser valientes, ser consecuente con lo que tiene preparado tu camino es signo de madurez. Sin embargo, Bruno albergaba en su interior muchas paredes invisibles. El destino se encargaría de que, a lo largo de su vida, pudiera treparlas o incluso derrumbarlas. La puerta de delante era una de esas paredes invisibles. Y, por supuesto, en ocasiones sacamos el coraje que ni siquiera sabemos que tenemos.

Sentía miedo. Había hecho lo que Jean le había indicado: «Ven lo más rápido posible». Pero creía no estar preparado para abrir esa puerta. No quería afrontar esa situación. No quería que su vida cogiese la dirección inevitable que tenía que tomar. Sin embargo, tenía que entrar. Inmóvil, esperaba, cogiendo fuerzas, se estaba preparando. El frío del metal de la manilla era igual que el del ambiente aséptico de ese hospital. Notaba que el aluminio se calentaba y, al revés, cómo su corazón se iba enfriando. Se armó de valor y con toda su fuerza bajó la manilla esos pocos centímetros necesarios. Ya era la hora, ya no podría echarse atrás, tenía que entrar.

3

13:30, Madrid
Hospital Quirón
miércoles, 14 de abril de 2019

Consiguió abrir la puerta.

El ambiente era espeso y lo arrolló como una ola expansiva. La sensación de tristeza predominaba. El italiano acaparó la mirada de las tres personas que había en el interior. Allí estaba, delante de él, la familia De la Cruz al completo. Kathryn, madre de Jean, se encontraba sentada al lado de la cama. El hijo de pie a la izquierda, aguantándole la mano a su padre. El patriarca De la Cruz estirando los últimos momentos que le quedaban de vida.

Unos pocos rayos de sol se colaban por las ranuras de las persianas bajadas. Los ojos cansados del paciente se encontraban medio abiertos. La penumbra emocional reinaba en la habitación. El amor iluminaba el resto.

—Por fin has llegado —dijo Jean acercándose.

—Lo siento, he intentado hacerlo lo más rápido que he podido —contesta Bruno mientras recibe un abrazo de su amigo.

El apretón dura poco, la madre ya se había levantado para saludarle y salir de la habitación. Su desconsuelo le impidió vocalizar ni una sola palabra, sus ojos ya lo decían todo.

—Os dejamos solos —dijo Jean a su amigo mientras abrazaba su madre y salían de la habitación.

El italiano los acompañó con la mirada hasta que vio que

desaparecían detrás de la puerta.

—Bruno, ven aquí. Siéntate a mi lado, por favor —dijo el viejo Jesús De la Cruz con un hilo de voz.

Se acercó a la cama y se sentó en la misma silla de su mujer. Cogió su mano fría y la calentó entre las suyas. Entonces sus miradas se encontraron.

Jesús había perdido muchísimos kilos, estaba blanco como las paredes de la habitación y hablaba con un hilo de voz. Era el espectro del patriarca que había sido. No quería que nadie le viese en ese estado. Desde que le diagnosticaron un cáncer fulminante y este empezó a consumirle, desapareció de la vida mundana. A pocas horas de morir, la única persona que quería ver que no fuese de su familia era él. Había sido como un hijo desde aquel lejano 1990 y un hermano para Jean.

Muchas experiencias pasaron desde entonces, todas contribuyeron a fortalecer su relación, de discípulo y de mentor.

—¿Cómo estás? —pregunto Jesús adelantándose.

El italiano con una risa nerviosa responde:

—No, ¿tú cómo estás?

El enfermo intentaba dibujar en su rostro una falsa sonrisa. Él era así, no quería que nadie lo ayudase y menos que se preocupasen por él.

—¡Gracias por venir a verme, Bruno! No sabes cuánto te lo agradezco.

—Un placer, Jesús. ¿Cómo no iba a hacerlo? Eres un padre para mí.

La conversación siguió una hora. Recordaron los momentos más bonitos que los habían acompañado durante esos años. Jesús estaba preocupado, iba a dejar en pocas horas todo lo que más apreciaba en el mundo, pero en particular a su hijo. Necesitaba alguien que lo ayudase, un ángel de la guarda, que lo vigilase, que estuviese en los

momentos difíciles.

El padre hizo prometer a Bruno que cuidaría de su hijo desde el instante en el que él ya no estaría.

El italiano se encontró entre la espada y la pared. «¿Cómo puedo decirle que no a un hombre en esas condiciones? El mismo que me ha considerado uno más de su familia» No podía fallarle el único día de su vida que había pedido su ayuda. Así que juró ante su mentor que sería un ángel custodio para Jean.

Los ojos del patriarca se relajaron, el pobre hombre se tranquilizó justo en el momento en el que escuchó del discípulo que aceptaba su propuesta. Ahora la sensación que transmitía era de paz, ya podía morir tranquilo.

—Jesús, para mí has sido un mentor. Me has ayudado en el momento más difícil de mi vida, de eso jamás me olvidaré —dijo entre sollozos.

—Lo sé, fue muy duro para ti, pero te merecías una segunda oportunidad. —Reconfortó al joven que le estaba aguantando la mano.

—¿Cuántas veces me has regalado consejos? ¿Tu visión de las cosas? Quiero que sepas que para mí tu ayuda ha sido inestimable, mucho más que la de mi padre biológico. No sabré nunca cómo agradecértelo lo suficiente.

Jesús acerca su mano al rostro del italiano, le quita una lágrima de su mejilla y dice:

—Eres una gran persona, Bruno, nunca dejes que nadie ofusque tu personalidad. Eres capaz de cualquier cosa. Siento que ayudarás a muchas personas en el futuro.

El patriarca se calla de golpe, como si sintiera algo que nunca había notado. Le asusta, pero entiende que tenía que decírselo. Con la voz casi temblando concluye:

—Tienes algo maravilloso en tu interior, un poder único. Soy consciente de que ahora estas palabras te resultarán difíciles de comprender, pero el día que las necesites volverán a tu mente. Cuida el poder que tienes en tu interior.

Bruno empezó a llorar más. Ese momento de lucidez y de conexión que se acababa de producir los llevaría a otro nivel del vínculo. No había entendido las palabras, aún no era el momento, pero en su interior ya empezaron a hacer efecto.

Quedaba muy poco para decirse, a partir de ahí solo hablarían sus miradas hasta que el italiano dejó la habitación.

Antes de cerrar la puerta y ver a kathryn sentándose al lado de su marido, observó por última vez a su mentor. Su sonrisa, ahora tranquila, le saludaba para siempre.

Bruno y Jean se quedaron fuera de la habitación. Tenían muchísimas cosas que decirse, pero no era el momento de todas. Se acercaron a la cafetería, antes de volver a coger el tren de vuelta a Málaga.

—Lo siento mucho. De hecho, no hay palabras para describir momentos como estos —dijo Bruno.

—Gracias por haber venido. Para él eres muy importante y deseaba verte antes de morir. No sé para qué, pero tenía que ser muy valioso lo que te quería decir —dijo para estirar de la lengua del italiano y obtener algún detalle.

—Has sido una persona afortunada al tener un padre como él. Espero que te des cuenta y que cada día del resto de tu vida puedas valorarlo.

Jean miró hacia el suelo consciente de que pocas veces lo había hecho.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Volveré esta tarde mismo. No tengo el ánimo suficiente para quedarme por aquí.

—Te entiendo.

Bruno apoya su mano derecha en el hombro de su amigo y concluye:

—Ten fuerza para afrontar lo que te va a venir. Y, sobre todo, intenta estar cerca de tu madre.

El diálogo en la cafetería continuó hasta que el italiano se marchó a coger el tren de vuelta. Le aguardaba un viaje de introspección para entender lo que había pasado. Pero, sobre todo, le quedarían esas últimas palabras de Jesús por comprender, fruto de un momento de lucidez, su último regalo, como el legado de una larga amistad. Una visión, una premonición, una flecha del futuro que aterrizaba en ese momento.

El viaje que le estaba esperando, no solo era para volver a casa, sino también para recordar y entender muchas cosas.

4

15:00, Madrid

Viaje en Ave

miércoles, 14 *de abril de 20*19

Le había vuelto a pasar.

Le costaba creer que se volvía a encontrar en la misma situación de hacía años. La mirada estaba puesta en el paisaje que a toda velocidad recorría el tren. Delante de su ventanilla iba pasando desierto, árboles, campos; sin embargo, él no veía nada. El viaje que estaba teniendo era en realidad hacia el pasado, recordando lo que Jesús despertó en él. Había vuelto con toda su fuerza para remover el presente.

Eran momentos de reflexión, detenerse y entender lo que le estaba ocurriendo.

La vida te lanza bumeranes. Depende de ti saberlos coger o no quererlos ver. Cuando en la vida te pasan sucesos en repetidas ocasiones de la misma naturaleza es porque necesitas aprender algo de esas situaciones. Hasta que no asimiles el mensaje y superes la "asignatura", te lo volverá a presentar: mismo mensaje en diferente evento. Una y otra vez. Bruno se volvió a encontrar delante del mismo obstáculo que no había acabado de comprender. Así es la vida, hasta que no aprendes, no pasas al siguiente capítulo.

¿Para qué necesitaba el destino que fuese más fuerte?

¿Cuál era el sucesivo obstáculo para el que le estaba preparando?

Absorto en sus pensamientos y en sus consideraciones se acababa

de dar cuenta de que la muerte de Jesús tenía unos paralelismos con lo que le había sucedido hacía muchos años. Ya pasó por algo parecido, aunque cada situación era diferente. Volvía a sentirse huérfano. Primero había tenido que superar la muerte de Jürgen, su primer mentor, ahora se encontraba delante de otra, que por supuesto no estaba programada.

Su padre natural nunca había sido una inspiración para él. Desde que despechó la oportunidad de ser inspector de policía como las últimas dos generaciones, su relación cambió por completo. Tuvo que empezar a buscarse la vida y perseguir su sueño, ser mecánico de Porsche.

Ahora había adquirido una responsabilidad nueva, ser el hermano mayor del hijo de su último mentor.

La familia de la Cruz lo ayudó justo en el momento más difícil de su existencia. Cuando estás hundido, perdido y no sabes en qué dirección avanzar en tu vida, es justo cuando aparecen los faros que necesitas. Como en el lejano 1990, cuando los sucesos dieron un giro inesperado.

En ese preciso momento, en el vagón silencioso del AVE de vuelta a Málaga, volvieron con ímpetu los recuerdos más escondidos. La muerte De Jesús le despertó todo lo que había sucedido hacía ya muchos años. En la lejana carrera de las Mille Miglia, donde un joven Bruno había empezado a hacer sus primeros pasos e inició su leyenda.

5

17:30, Modena
Parking de la fábrica Scaglietti
sábado, 19 de mayo de 1990

En aquel entones, Italia era una tierra de oportunidades. En el aire se respiraba gozo, alegría, prosperidad. El boom económico, que el país transalpino estaba viviendo, alejaba las tinieblas de la posguerra. Las celebraciones de vida eran numerosas. Entre las cuales destacaban las competiciones de coches clásicos.

—Jürgen, ¿eres tú?

La llamada había roto la tranquilidad.

Cuando sonaba un teléfono en medio de una carrera, solía vaticinar problemas. Esa vez no era menos. No lo había pillado desprevenido. Tenía la esperanza de que todo fuese bien, hasta que el dichoso teléfono empezó a emitir sonidos. Sus mecánicos siempre estaban listos ante el peligro, pero confiaban en no tener que entrar en acción.

Se encontraba en Modena, en el aparcamiento dentro de la fábrica Scaglietti, de la que habían salido elegantes bólidos que marcaron una época.

Era un precioso sábado de mayo hasta que Jean De la Cruz contactó con el director deportivo. Informaba que estaban teniendo problemas su Porsche 356 Monoreja de 1952. El cuatro cilindros habían perdido potencia. No conseguían entender si era por culpa del motor o de la instalación eléctrica. Se encontraban en el Passo della

Raticosa, entre Firenze y Bologna. Si querían acabar la carrera, tenían que llegar a la asistencia en Modena con la poca potencia que erogaba el coche. El equipo de mecánicos los esperaba.

La Mille Miglia, "la carrera más bonita del mundo", recorría los lugares más emblemáticos de Italia. Ese año la familia De la Cruz había contratado al mejor experto en Porsches clásicos. Primero, para que preparasen un coche para esa carrera y, en segundo lugar, para hacerles asistencia.

En el momento en el que Jürgen cuelga el teléfono, se gira hacia su equipo. Este acababa de montar la carpa y organizar el espacio de la asistencia. Necesitaban ser informados para prepararse.

—Por favor, chicos, acercaos, tengo noticias de nuestro coche.

Los tres componentes del equipo dejaron lo que estaban haciendo para escucharle mientras sus rostros cambiaban de expresión. La brocha de la seriedad pintó sus miradas. Con la información sobre la avería, empezaron a preparar las posibles piezas de recambio que tenían. Bruno recibió órdenes de los otros dos mecánicos veteranos.

El famoso efecto dominó. Lo que estaba a punto de suceder, nadie se lo hubiera imaginado. La trascendencia y las consecuencias que iban a tener los sucesos de las siguientes horas arrasarían con el futuro de todos. La vida es esto, pequeños acontecimientos con grandes consecuencias. Un aleteo de una mariposa en Japón provoca un tornado en Texas. Era el destino de Bruno, arrollador, inevitable, inesperado.

A las dos horas de recibir la llamada, el equipo se encontraba preparado, listo para resolver cualquier problema que tuviera el auto.

Jürgen estaba de pie al lado de la carpa. Miraba la entrada del aparcamiento, por donde cada minuto entraba un coche para recibir la asistencia de sus propios mecánicos. En ese espacio había decenas de carpas.

—Chicos ahí van, ya están entrando —dijo el alemán a todo su equipo poniéndolos en estado de alerta.

El viejo Porsche, llegando a trompicones, consiguió aparcar debajo del entoldado.

Padre e hijo De la Cruz salieron del coche. Los mecánicos abrieron el capo y empezaron a comprobar su estado. Bruno comenzó a lavar los cristales sucios, desde Roma habían acumulado una capa de mosquitos.

Los dos mecánicos veteranos se estaban enloqueciendo. No conseguían dar con el problema. Iban cambiando piezas, ponían en marcha el motor y seguía con el mismo fallo. Nada daba resultados. Parecía todo perdido.

El espectáculo venía siendo observado por los dos centauros. Piloto y copiloto comían fruta y se refrescaban con agua fría.

El tiempo estaba pasando inexorable. Solo disponían de una hora para resolver el problema.

La expresión del alemán era un poema, intentaba no transmitir a los pilotos su preocupación mientras veía la impotencia de sus mecánicos.

Cuando ya faltaban pocos minutos para volver a la carrera, los pensamientos de los pilotos eran ya de abandonar, parecía inevitable. Ese año no solo habrían perdido la carrera, sino que ni siquiera la acabarían.

Y justo cuando estaban a punto de tirar la toalla, sucedió el milagro.

Bruno tuvo su visión, su conexión con el coche. Pidió permiso a los mecánicos veteranos para que le dieran unos minutos. Estos, a su vez, solicitaron autorización a Jürgen, que se la concedió. El joven italiano se volcó en trastear dentro del capó. Finalmente, encontró el problema. Saltando como un grillo, entraba y salía de la furgoneta cogiendo piezas y herramientas hasta que, a los pocos minutos, pidió a

Jesús que encendiera el auto. Después de unos cuantos intentos el potente motor del Porsche ya sonaba como siempre.

Las caras de desprecio y de desafío que los dos veteranos procuraban camuflar chocaban con la de alegría de los otros componentes del equipo. No se lo podían creer. El mecánico italiano de tan solo veinticuatro años había conseguido una proeza única. Ese hecho daría comienzo a la leyenda de Bruno Malatesta.

Los pilotos se catapultaron en el bólido y siguieron con la carrera. Esta finalizaba en la ciudad de Brescia, donde consiguieron la tercera posición.

—¡Bravoooo! —gritó Jürgen a Bruno delante de los otros dos mecánicos—. Chico, eres un fenómeno, un fuera de serie. ¿Te das cuenta de que sin ti nuestro coche se hubiese tenido que retirar?

El alemán lo abrazaba y, por su enorme tamaño, casi lo levantaba por la felicidad que emanaba. Si hubiese ganado la lotería, no estaría tan eufórico.

Asistiendo el espectáculo, estaban los dos veteranos. Quietos, callados, incrédulos por lo que veían. Uno al lado del otro, se sentían atacados por ese impostor, un joven italiano que venía para robarles el puesto de trabajo. Había empezado acaparando el protagonismo del jefe y, poco a poco, sus pensamientos se encaminaban a que les quitaría sus lugares dentro del grupo. Masticaban rabia al ver la escena de alegría que Jürgen estaba regalando al último llegado.

—Tenemos que hablar con él —dijo Conrad, el responsable, al otro veterano.

—Desde luego que sí.

La celebración entre el alemán y el joven italiano duró varios minutos. Hasta que fue interrumpida por una persona.

—Jürgen, my friend. How are you? —cortó un anciano.

Era John Clinton, un viejo amigo experto en Aston Martin. Lo vio desde lejos y se acercó para saludarlo. En cuanto el alemán lo vio,

soltó a Bruno y con mucha educación se fue hacia su viejo amigo. Estos, recordando "batallitas", se acercaron a la furgoneta del inglés.

Cuando Bruno vio que su mentor se alejaba, optó para ir a ayudar a sus compañeros a recoger todas las herramientas. Allí activaron el plan.

Aprovechando que Jürgen se había alejado, llamaron al italiano detrás de la furgoneta. Casi empujándolo como si fuera un saco de patatas. El más veterano, Conrad, con la mano derecha le apuntaba con el dedo en la cara y con la izquierda le tenía agarrado por la camiseta. La expresión de su rostro delataba una rabia que nunca había visto en sus ojos. Su mirada revelaba viejas heridas sin cicatrizar. La reacción era poco más que exagerada. Pero nunca sabes quién tienes adelante hasta el momento en el que los problemas afloran. Allí estaba el pobre Bruno acorralado por dos personas que, hasta cinco minutos antes, parecían amigos. Dos compañeros de trabajo que se habían convertido en verdugos. No estaba entendiendo lo que sucedía. Lo único que sentía era miedo y desorientación.

—Escúchame bien, mocoso, ¿qué te crees, que has venido aquí para robar nuestros trabajos? —espetó el veterano—. ¿Qué ha sido ese teatrillo que has montado hoy? Que sea la última vez que nos pones en evidencia delante del jefe. ¿Me has entendido?

Bruno asintió con la cabeza. Nadie se hubiera opuesto o hubiese discutido con esa mala persona, y menos en ese estado emocional que arrastraba.

—¿Me estás escuchando, rata italiana? Para que te quede claro, antes de hacernos una putada como la de hoy, ¡el coche no se repara! ¿Lo has entendido? ¿Quieres que perdamos nuestro trabajo?

—Déjalo, Conrad, está llegando Jürgen —dijo el otro mecánico que estaba vigilando.

—Te has salvado… ¡por ahora! —concluyó el veterano.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto Jürgen.

6

20:00, Modena

Parking de la fábrica Scaglietti

sábado, 19 *de mayo de 199*0

La energía que desprendía ese momento se encontraba en discordancia con su respuesta. Jürgen no era tonto, tenía mucha experiencia en gestión de equipos. Había entendido perfectamente lo que estaba sucediendo. Y lo peor de todo, conocía el pasado oscuro de Conrad. Desde el lejano día que se conocieron, tuvo siempre el temor de que volviese a salir su auténtica naturaleza.

—¡Nada! Estábamos felicitando al italiano —mintió Conrad

—Venga, tenemos que recoger con rapidez e irnos a Brescia. ¡Nos espera la premiación! —dijo Jürgen quitando importancia y cortando lo que estaban haciendo.

Conrad, con una falsa sonrisa, dio una fuerte palmada en la espalda del italiano. Y añadió:

—¡Enhorabuena, chaval! —Y se alejó junto al otro mecánico.

—¿Estás bien, Bruno?

—Sí, sí, no te preocupes, no es lo que crees.

—Venga, vamos.

El equipo había cambiado. Era increíble cómo un suceso así podría mutar todas las energías dentro de un grupo de personas. El buen rollo se había terminado. La primera ficha de dominó fue empujada involuntariamente por Bruno.

En silencio, recogieron todo el material y lo colocaron en la

furgoneta. Subieron y se fueron hacia la ciudad de Brescia.

Llegaron a tiempo para ver la premiación de la familia De la Cruz. Consiguieron la tercera plaza en esas 1000 millas de 1990. Los factores que hicieron que ganasen eran muchos, pero destacaba uno en concreto: el italiano había reparado lo imposible.

“La carrera más bonita del mundo”. Cuando todos los pilotos con sus vehículos clásicos entraban en las ciudades del Renacimiento italiano repletas de gente que los aclamaban, lo entendías.

Cuando la multitud ovacionaban a los centauros en los bordes de las carreteras, lo entendías.

Cuando el perfume de los años 50 envolvía Italia gracias a esa carrera, lo entendías.

Cuando Jean de la Cruz aparcó su Porsche encima del pódium llegando tercero, aclamado por el público como si fuera un héroe, entonces lo entendió. La familia de la Cruz había entrado en el muro de la gloria de la carrera más bonita del mundo.

Después de una corta celebración y de encontrarse con el equipo de mecánicos, tenían que irse con rapidez a coger un avión.

—Jürgen, te encargas tú de todo, ¿verdad?

—No te preocupes, Jesús, el martes te enviaremos el Porsche reparado para la carrera de la semana que viene. ¡Cuenta con ello!

Los dos se abrazaron, y apresurados por llegar al aeropuerto, cogieron sus maletas del bólido para irse. Pero antes, a Jesús le faltaba hacer una última cosa.

—Tienes un don, chico. —Jesús, con un tono patriarcal, apoyaba su mano derecha en la mejilla del joven mecánico—. No sé cómo lo has hecho, pero si estamos aquí, es gracias a ti.

Bruno se sentía violento. Enrojeció. Por un lado, su cliente le estaba elogiando, pero por el otro, veía de reojo a Conrad y notaba su violenta vibración.

—Toma mi tarjeta; el día que vengas a España me encantará compartir mesa.

El italiano la miró y se la metió en el bolsillo de su rojo mono de mecánico.

—Papá, tenemos que irnos, llegamos tarde.

Los De la Cruz se fueron corriendo hacía el aeropuerto. Dejaron todo a cargo del alemán.

En Brescia la fiesta seguía, pero ellos ya habían recogido y se estaban dirigiendo hacia Alemania. Tenían un viaje largo y cansado. Las ganas eran de quedarse y aprovechar el ambiente que se había creado en ese evento. Pero los compromisos que adquirió Jürgen no se lo permitían. Tenían que estar en el taller el lunes y reparar el coche para enviarlo a España el mismo martes.

* * *

15:00, Stuttgart

Taller Jürgen Klassisch

lunes, 21 de mayo de 1990

El convoy aparcó delante del taller.

De la furgoneta grande bajaron los dos mecánicos veteranos. De la pequeña y más cómoda, el mentor junto al joven discípulo.

Habían conducido durante muchas horas, el cansancio se estaba haciendo sentir. Llevaban casi una semana fuera de casa.

Para los alemanes viajar a Italia era siempre un placer. Sin

embargo, más placer sentían al volver a su tierra, a sus tradiciones, a sus platos. Al contrario, para Bruno era justo al revés, cuando regresaba a Alemania era como volver a su particular purgatorio. Había ido allí para aprender, para llegar a ser de los mejores mecánicos de Porsche. Pero no acababa de soportar ese país gris y apagado.

Bruno bajó el coche del remolque que se encontraba enganchado a la furgoneta. Lo entró en el taller y lo puso en el único puente elevador que quedaba libre, el último de la derecha, al fondo, el más sencillo. Todos estaban ocupados. La pereza y el cansancio le impidieron sustituir el coche aparcado en uno de los primeros puentes elevadores con el 356 que llevaban.

—¿Estás seguro de que lo quieres reparar tú? —preguntó el jefe al joven italiano.

—Por supuesto, yo lo he reparado en Modena y sé cómo tengo que dejarlo perfecto —dijo quitándole importancia a lo que tenía que hacer—. Además, antes de la cena lo tendré acabado.

Los dos mecánicos veteranos no podían estar más conformes con eso. Después del ridículo que habían sufrido, lo mínimo que debía hacer ese chaval era quedarse con él hasta que hubiese acabado de repararlo. Ellos querían irse a casa, estaban cansados, o por lo menos, eso era lo que daban a entender. Cargaron las maletas en sus respectivos coches, se despidieron y cerraron la puerta del taller.

Jürgen hizo lo mismo. Subió a su viejo Porsche 944 Turbo, se despidió del italiano y salió del taller.

La calma empezó a reinar otra vez en el garaje. El joven mecánico inició su ritual. Encendió la música, se preparó un café largo, se ató alrededor de su frente una bandana japonesa, blanca con un topo rojo al más puro estilo Karate Kid, y empezó a trastear en el motor. No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta del taller volvió a abrirse.

«Vaccaboia, ¿quién es ahora?» pensó en su interior.

La posición donde se encontraba el italiano estaba al fondo del taller, la estructura de la nave no permitía ver quién entraba por la puerta. En ese preciso momento pensó en lo peor, en que los veteranos habían vuelto. Ahora no estaría el jefe para separarlos.

«¿Qué más querían decirme? ¿Seguían resentidos? ¿Enfadados? ¿Enfurecidos?»

Los pocos pasos que distaban de la puerta con la esquina de la pared que permitía ver quién había fueron eternos. La música seguía resonando en las paredes. Los pasos se acercaban, el temor de que fuesen ellos se intensificaba por momentos. Estaba dispuesto a todo. Lo primero que le vino a la mente fue: «si me quieren atacar, accionaré el extintor y me iré corriendo.»

El joven mecánico, asustado, retrocedió dos pasos, como escondiéndose detrás del coche que se encontraba a dos metros de altura. Las zanjadas se detuvieron. Sacó de la columna la cabeza para ver quién era. El individuo que había entrado ya estaba a la vista.

—Bruno, ¿dónde estás?

Suspiró, era Jürgen.

—¡Madonna Santa! —contestó el italiano—. Me has dado un susto de muerte.

El alemán se fue acercando hacia dónde se encontraba el chico.

—Disculpa, ¿te he asustado?

—No, no —mintió temblando—. ¿Qué te has olvidado?

—¿Sabes?, me lo he pensado. Estaba en el coche a punto de irme y entendí que no era justo. Creo que quien tiene que reparar el 356 soy yo. Tú deberías irte a descansar.

—No, en absoluto. Me quedo yo.

—Creo que no me has entendido, es una orden, ¡vete a casa a reposar! —dijo el alemán poniéndose serio.

—Pero habíamos acordado que tenía que hacerlo yo.

—Lo sé, pero algo me dice que tengo que repararlo yo. Hace una semana que estamos fuera, vete a ver a tu novia e intenta recuperar

estas noches pérdidas.

—Pero, jefe, hemos montado y desmontados muchas veces este motor, me lo has enseñado todo, puedo hacerlo yo, ¡no te preocupes!

El italiano intentó convencer a su mentor en vano. Jürgen no quería oír excusas, había decidido quedarse él a repararlo. El italiano era su pupilo, siempre sentía un cierto cariño hacia él. Esperó a que se fueran los otros mecánicos y volvió a entrar en el taller para disimular el aprecio que le tenía. Igual al del hijo que nunca tuvo, muy responsable, a la altura de su mentor.

El joven mecánico desistió en convencerle. Recogió sus cosas y se fue. Por un lado, estaba agradecido de que su jefe le hubiera reconocido su buen trabajo. Pero, por el otro, algo lo asustaba. En su interior algo gritaba que no tenía que dejarlo solo. Una vocecita difícil de darle peso. Demasiado coraje se necesitaría para confiar en ese sexto sentido, más aún en tan tierna edad.

Se alejaba, dejando solo al mentor. Y cuánto más se apartaba, más pensaba: «Estate tranquilo, no le va a pasar nada».

7

18:00, Stuttgart
Apartamento de Bruno
lunes, 21 de mayo de 1990

Empezaba a sentir el cansancio.

Encima de sus hombros se estaba apoyando la fatiga de la carrera. Sin embargo, las ganas de volver a ver su Angélika le habían podido. Antes de salir del taller hizo una llamada. Consiguió contactar con ella en el despacho donde trabajaba. Eso era raro, siempre estaba de reunión en reunión y casi nunca localizable. Pero ese día era diferente, a la primera había conseguido encontrarla. Había vuelto antes de la hora, le preguntó si le apetecía ir a verle a su piso, cenar y pasar la noche juntos. Ella casi no le dejó acabar la propuesta, enseguida le dijo que sí. Finalizaría unos temas urgentes e iría a verle.

La felicidad de volver a ver a su novia tapó la sensación extraña qué sintió al dejar solo a su mentor.

El piso de Bruno era modesto. Sus padres no lo ayudaban económicamente, no habían aprobado su huida a hacia Alemania. Su economía se basaba en un humilde sueldo de aprendiz mecánico y alguna ayuda de su tío. Se encontraba en una zona pobre de la periferia de Stuttgart. Un edificio construido en los años 60 para obreros. Un enorme bloque gris de cemento con pequeñas ventanas, lleno de humedades, goteras y alguna cucaracha. Vivían familias extranjeras, que venían de lejos para encontrar su propio *El Dorado* en una ciudad poco hospitalaria. El joven italiano no era menos, aunque

él realmente perseguía su pasión, no hacer fortuna.

Su pequeño hogar, estaba amueblado por las numerosas familias que habían pasado por él. Cada mueble era de un estilo y un año diferentes. Las reducidas ventanas daban al edificio de enfrente. Poca luz entraba para calentar los fríos inviernos. A simple vista podía parecer un escuálido piso, sin embargo, para él, lo era todo, representaba su libertad.

No era un hogar adecuado para su Angélika, ella venía de una familia rica. Los dos sentían que su relación era duradera y que ese alojamiento era temporal.

Acababa de deshacer las maletas y salir de la ducha cuando sonó el timbre. Aún con la toalla alrededor de la cintura se acercó a la puerta. Miró por la mirilla y allí estaba, la señorita Schwarz. Una imagen preciosa. En ese momento en el que volvió a verla se dio cuenta cuánto la había echado de menos durante la última semana.

Abrió la puerta. Estaba radiante. Una chica de constitución delgada, más alta del italiano por un par de dedos sin contar los tacones. Tenía el pelo castaño, largo y liso. Los ojos color marrón claro. Unos labios carnosos y una nariz con la punta hacia arriba. La mirada lo decía todo, pícara y atrevida. Se presentaba con una camisa con un estampado de leopardo, eso significaba que quería guerra, y mucha.

Al italiano no le dio tiempo ni de saludarla, entró con todo su portento comiéndole los labios. La puerta se cerró detrás de ellos, la toalla del italiano se quedó en el vestíbulo. Las prisas y la pasión hicieron el resto. El fuego que tenía la chica pronto lo acabaron apagando en la cama. Las finas paredes del piso hacían de cajas de resonancia para toda la planta. Los gemidos de ella y los golpes de la cabecera retumbaban como un martillo neumático. Los vecinos, con vergüenza ajena, se enteraban así de que había llegado la pantera del italiano.

Eran jóvenes, cada vez que se encontraban quemaban la vida. Para él era su historia más importante. Todas las veces eran como la

primera, apasionadas, arrollados por su propio deseo y por la brutalidad de su complicidad.

Bruno acabó pensando que necesitaba otra ducha. El amor tocó a la puerta y se había presentado a domicilio. Con su sencilla vida era feliz.

Se ducharon juntos, en la estrecha cabina del lavabo.

Cuando ella lo acompañaba a la ducha era porque le apetecía tener sexo en ella, quería una segunda dosis de su italiano. Estar separados una semana les había hecho tener el mono de sus jóvenes y vitales cuerpos.

—Lo siento cariño, pero me tengo que ir —dijo la joven

—¿Cómo? ¿No te quedas a cenar y a dormir conmigo?

—No, lo siento. Mañana me quiero levantar pronto porque tenemos unas reuniones cruciales —dijo ella mirando hacia el suelo como si fuera una excusa—. ¿Te importa que lo dejemos para otro día?

La mujer seguía viviendo en la casa familiar, a las afueras de la ciudad. De un linaje importante, rica desde generaciones, con inversiones por toda Alemania, pero, sobre todo, en terrenos e inmuebles en su ciudad.

—Bueno, la verdad es que me hubiera gustado que te quedaras. Lo necesitaba.

Ella se acercó a su novio, lo besó y le acarició el rostro.

—Si te apetece mañana repetimos.

Delante de la imposibilidad de la negociación con su chica, solo podía acatar.

Habían estado juntos un par de horas. No era suficiente para recuperar la distancia de una semana, pero tenía que conformarse.

Tal como vino, se marchó la pantera.

El italiano se encontraba solo. No sabía qué hacer. Se sentía

cansado, había estado una semana fuera, pero en su casa, sin ella, se aburría.

Se tumbó en la cama con la esperanza de dormirse, pero sin la chica no era lo mismo. Seguía con la adrenalina de la pasión inyectada en las venas. Dormirse era casi imposible. Se giró hacia un lado, luego para el otro. Empezó a leer un libro que yacía en su mesilla de noche. Después de la segunda línea sentía que no era día de lectura. Encendió la tele, pero no era amante de los programas alemanes. La apagó e intentó tranquilizarse en su cama. En ese momento, justo cuando parecía que estaba a punto de dormirse volvió a sentirlo. La misma sensación que había tapado con la presencia de su chica. El miedo regresó a cobrar vida. La preocupación por dejar solo a su mentor. Inexplicable. Eso que probaba en su interior era nuevo para él. Era algo exagerado, excesivo, pero le estaba mermando la conciencia. Para estar aburrido en casa, prefería ir ayudar a su mentor. Ese sexto sentido lo había camuflado y se lo vendía como una ayuda. Pero no se lo creía. Simplemente, quería averiguar de dónde venía ese mal presagio. Se vistió, cogió las llaves del coche y volvió al taller. Tenía que investigar el porqué de su ansiedad, de dónde venía esa premonición.

8

23:34, Stuttgart
Taller Jürgen Klassisch
lunes, 21 de mayo de 1990

Volvió a fracturarse el silencio del taller.

Era la segunda vez que lo llamaba sin respuesta.

—¡Jürgeeen!

Los latidos de su corazón empezaban a incrementarse. Temía lo peor. Comenzaba a dar crédito a lo que había sentido en casa. Sigilosamente, se fue acercando hacia el Porsche que estaba preparando. Cuando faltaban pocos metros, vio algo que no le cuadraba. El vehículo había caído de los soportes del puente elevador.

Los pasos cautos que iba haciendo hacia su izquierda estaban marcados por una frenética respiración. Bruno se daba cuenta de que ese escenario silencioso solo traería malas noticias. Cuando consiguió tener una perspectiva amplia del coche, entendió muchas cosas.

El vehículo se encontraba en una posición oblicua, caído de morro, aplastando el pobre cuerpo de Jürgen. Una gran cantidad de sangre salió de este. La pierna izquierda seguía teniendo un movimiento nervioso involuntario.

El olor nauseabundo a sangre estaba llegando a sus narices, como si fuera hierro oxidado.

Las fuertes palpitaciones de su corazón se podían oír a distancia.

No sabía qué hacer. La situación lo superaba. La capacidad de resolución que habitualmente tenía había sido derrumbada por la imagen dantesca que tenía delante. Con veinticuatro años cumplidos,

se tuvo que espabilar en un país de lengua y cultura totalmente diferentes. Fue en contra de la voluntad de su padre. Dejó a los amigos de infancia y a su exnovia italiana. Creía que la vida le había puesto delante suficientes problemas para su joven edad. Pero se equivocaba, los problemas empezaban en ese momento.

Su mentor se encontraba encima de un charco de sangre. El coche le ocultaba el torso. Solo conseguía ver de la cintura hacia abajo.

Había pasado varios minutos delante de la terrible escena y el cerebro seguía bloqueado. El vacío. El silencio más absoluto. Mareado y desorientado.

Tenía que hacer algo, y rápido.

«¿Y si sigue vivo?», se preguntó.

Podía ser una opción. Entonces optó por moverse. Giró alrededor del charco de sangre. Empezó a empujar el coche para ver si lo podía apartar. Apretó con toda su fuerza, sin embargo, el vehículo clásico estaba perfectamente apoyado en el morro y encajado en las columnas del puente elevador. Cuánto más apretaba más resbalaban sus pies. Cuando entendió que no podría mover el vehículo, optó por pedir ayuda.

Atravesó el taller corriendo. Nunca lo había cruzado tan rápido. Entró en el despacho de la secretaria, agarró el teléfono y marcó el número de emergencias.

A los pocos segundos:

—«Emergencias, dígame.»

—Un hombre, aplastado. Por favor, venir, por favor, háganlo rápido. —Bruno empezó a hablar telegráficamente, resultado de la crisis de pánico que estaba viviendo con el alemán básico que conocía.

«Por favor tranquilícese, ¿qué ha pasado?»

—Un coche, chafado, a mi mentor. Por favor, ayuda, ayuda.

«¿Me está diciendo que ha habido un accidente?»

—Sí. Por favor, Jürgen… Jürgen está mal. Mandar una ambulancia rápido.

«Entiendo que ha habido un atropello y ¿necesita una

ambulancia?»

—Sí, sí, rápido.

«¿En qué condiciones se encuentra el herido?»

—No lo sé, mucha sangre, mucha, muchísima.

«Tranquilícese enviamos enseguida a una ambulancia. Necesitamos la dirección»

—Sí, sí, entiendo, eeee… —El italiano necesito un momento para concentrarse y recordar la dirección del taller—. StephanStrabe, 5 de Stuttgart

«Entendido. Enviamos enseguida una ambulancia y una patrulla de policía.»

…y colgó el teléfono.

La tensión empezaba a bajar a consecuencia de darse cuenta de lo que había sucedido. La única persona que lo ayudó en Alemania, el mentor, acababa de fallecer. Levantó la mirada, por el enorme cristal de la oficina se veía el taller. Vacío, silencioso, igual que el alma del joven. Perdido y desorientado. Una extraña sensación envolvía su esencia. No se explicaba lo que estaba sucediendo. A lo mejor porque no se podía precisar con palabras. El chico empezaba a delirar. Sentía la inmensidad y la presencia del cadáver al otro lado del edificio. Tan asustado estaba que no salió de la oficina. Empezó a llorar compulsivamente. Desconsolado, no podía creer lo que estaba viviendo.

Pasaron minutos y minutos. Como dice la ley de la relatividad de Albert Einstein, fueron horas o días para Bruno.

En medio de esa montaña rusa de emociones, empezó a desvariar. Cuando inició pensó que estaba soñando, luego se dio cuenta de que parecía real. Veía un fantasma, una sombra, un alma que, desde la puerta, entraba, giraba a la izquierda y se iba hasta el final del taller. Parecía real, pero no lo era. Sentía que estaba viviendo algo muy real, pero sin serlo. Esa figura se parecía a Jürgen. Parecía que estaba enfadada, discutiendo consigo misma. Luego se giraba y volvía a girar,

como enloquecida. A continuación, se fue, se apartó y cayó. Una vez hubo caído, desapareció. La sombra del coche que seguía encima del puente elevador empezó a temblar cada vez más fuerte, fuerte y más fuerte. Comenzó a vascular hasta que el morro cayó y se encontró en esa posición. La sombra grisácea cubría el coche real.

El italiano se asustó por lo que acababa de ver, ¿estaba soñando? ¿Estaba en su cama? Jamás había vivido una sensación así.

Empezaron a golpear fuerte la puerta, estaba cerrada. Eran los equipos de emergencias que habían llegado y que no conseguían entrar. Rompieron el hechizo. Bruno volvió a incorporarse, a darse cuenta de que lo que acababa de ver solo era un sueño, o eso quería creer.

9

23:00, Stuttgart
Taller Jürgen Klassisch
lunes, 21 de mayo de 1990

Los golpes cada vez eran más fuertes.

La puerta del taller parecía que iba a venirse abajo. Los equipos de emergencia estaban desorientados, buscaban un accidente. Después de dar varias vueltas alrededor del edificio y a las calles colindantes, al no encontrarlo, optaron por dirigirse a la fuente, de donde venía la llamada.

El pitido de la desorientación sonaba en los oídos del italiano. De forma ascendente, tomaba cada vez más protagonismo el ruido que provenía de la puerta. Este empezaba a abrirse paso con fuerza. Hasta que fue inevitable volver a incorporarse. Entonces comenzó a escuchar los puñetazos que provenían del exterior. Se encontraba inmóvil delante de la puerta. Hasta que saltó como un muelle y la abrió.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí, yo estoy bien. Jürgen está herido.

—¿Dónde está?

—Al fondo de la nave, síganme.

El italiano empezó a caminar. Revelaba un intenso estado de agitación. El médico y el enfermero de la ambulancia iban detrás. Justo después, como en una caravana, había dos agentes de policía

con los ojos ojipláticos atentos a lo que pudieran ver. Sus manos apoyadas encima de la pistola, por si la situación necesitase de desenfundarla. Cuando el joven se encontraba unos cuantos pasos antes del lugar del siniestro, se bloqueó. Levantó el brazo indicando el punto donde estaba el cuerpo. No quería volver a ver esa imagen. Los que le seguían se detuvieron, entendieron y continuaron hasta el lugar señalado. Tan solo oliendo la sangre, el italiano recordó la imagen del mentor. Se giró y vomitó con intensidad.

Cuando el cerebro no sabe cómo gestionar una situación, intenta interpretarla como puede. Pero si no la quiere aceptar, lo primero que te dice es que estás soñando o viendo una película. La escena impactó en las retinas de los espectadores. Habían visto muchos accidentes, pero nunca algo tan raro y macabro. Los agentes están entrenados casi para todo, pero nunca para el próximo accidente, para el siguiente muerto. Ver tanta sangre inevitablemente altera los ánimos de las personas, lo quieran o no… Y, por supuesto, ellos no eran menos.

Una escena nunca vista.

La policía empezó a dar vueltas alrededor del coche que aplastaba al cuerpo. Entre los dos intentaron apartar el vehículo, pero con ningún resultado. Los dos sanitarios abrieron su maletín, sacaron instrumentos para comprobar que el hombre había fallecido. No fue un problema de tiempo. Los equipos de rescate no pudieron hacer nada. Se dirigieron hacia Bruno para atenderle psicológicamente. Ver un cadáver en un charco de sangre, por suerte, no era habitual, y sobre todo podía impactar negativamente en un chico tan joven.

Se lo llevaron a la ambulancia y lo envolvieron en una manta térmica. Sus uñas se tiñeron de azul, presentaba temblores y escalofríos. El rostro había empalidecido, casi de un color grisáceo. La presión arterial era muy baja, acompañada de un pulso muy rápido

pero débil. Se encontraba con un claro cuadro de shock.

Los dos policías llamaron a los bomberos para poder quitar el vehículo "asesino" e informar del suceso a la central. Pintaba que la noche se haría muy larga.

* * *

23:30, Stuttgart
Koenigstrasse
lunes, 21 de mayo de 1990

El trastero de una famosa tienda de ropa en la calle Koenigstrasse, la mejor de la ciudad, fue esa noche el escenario de un crimen.

—Sobre todo, quiero fotos desde ese ángulo —dijo Hoffman al fotógrafo forense, indicando con el dedo derecho.

El inspector Otis Hoffman se dirigió en el lugar de los sucesos. El encargado de la firma encontró el cuerpo. Durante la habitual ronda antes de cerrar el establecimiento, se halló al cadáver de uno de los empleados. Ese caso tenía todos los números para salir, el día después, en la primera portada de los periódicos.

Como de costumbre, en los asuntos importantes o mediáticos, la comisaría de Stuttgart enviaba a uno de sus mejores inspectores. Sin embargo, la noche aún no había acabado.

—Otis, te llama la central —dijo su fiel escudero, conocedor de la naturaleza de la llamada, procurando no cruzarle la vista.

El investigador entendió todo. Las cinco palabras y la mirada de su compañero lo habían hecho entender qué estaba pasando. Resignado,

se dirigió hacia su coche.

Era una persona ya mayor. Le faltaban pocos años para jubilarse de la policía. Quería dedicar el resto de su vida a su mujer, al jardín descuidado de su casa y a viajar por todos esos libros que tenía en su biblioteca y que nunca pudo leer en los años de servicio. Era una persona alta, de constitución fuerte. El pelo, ya blanco, encaminado hacia atrás. Llevaba gafas, con una sutil montura metálica dorada. Las lentes ahumadas en forma de gota, al estilo Top Gun, las había comprado años antes por la fiebre de la película y la moda que impuso una difundida tendencia a aviador. Su cara transmitía experiencia y una aparente tranquilidad. Caídos los párpados inferiores y la papada. El rostro era redondo, rellenito, una nariz protuberante le daba fuerza y una personalidad interesante.

Su BMW, dotación del cuerpo, se encontraba aparcado en la misma calle peatonal. Los curiosos que se aproximaban a la tienda estaban separados por una cinta perimetral. Las luces de los vehículos de emergencia iluminaban la calle de compras de un inusual color azul.

—Central, aquí Hoffman.

—Inspector, tenemos un caso muy raro en un taller mecánico. Necesitaríamos que se dirija hacia el lugar del accidente.

—¿No pueden enviar a Struber? Sigo con el caso de Koenigstrasse.

—No, le acabamos de enviar al otro lado de la ciudad.

Otis se queda callado unos momentos tragándose su inconformidad. A los segundos reaccionó.

—De acuerdo. Central, ¿por qué dice que es raro?

—Parece que ha sido un atropello dentro de un taller mecánico. Los agentes han llamado los bomberos para poder extraer el cuerpo.

Sorprendido, e incluso con curiosidad, pide la dirección para dirigirse. Vuelve a entrar en la tienda de ropa, deja organizada la recogida de indicios con los forenses y junto a su escudero se marchan al taller.

Era tarde y se encontraba cansado, hacía unos minutos solo deseaba llegar a casa. Sin embargo, la llamada de la central con ese asunto tan “raro” lo había vuelto a activar y olvidarse del cansancio.

* * *

00:00, Stuttgart
Taller Jürgen Klassisch
martes, 22 de mayo de 1990

«¿Por qué han tenido que llamar a los bomberos?»

Esa pregunta se repetía durante todo el trayecto. En pocas ocasiones llamaban al cuerpo de bomberos para extraer un cuerpo dentro de un edificio. El caso le estaba generando mucha curiosidad.

El taller de coches señalado se encontraba en un descampado, a las afueras. Un terreno enorme en plena periferia, rodeado de edificios. Esa construcción parecía una vieja fábrica de principios de siglo convertida a taller en medio del descampado.

El BMW se detuvo al lado del camión rojo de los bomberos. Estos, recogiendo todas sus cosas, estaban a punto de marcharse. El inspector llegaba demasiado tarde para ver la escena original del accidente. Tendría que conformarse con las fotografías. Sin cambiar ni una palabra con las personas en el exterior, entra directo como una bala.

El vehículo había sido retirado. Tenía que imaginarse cómo tenía que estar cuando los equipos de emergencia lo encontraron. Las fotos de los forenses, una vez reveladas, le ayudarían a entenderlo.

Todo era muy raro. No era un atropello, sino que parecía un accidente fortuito. Los agentes de policía le ponen al corriente sobre lo que habían visto y supuesto.

Otis miraba a su alrededor. Por un lado, el viejo Porsche retirado por los bomberos. El cadáver tapado por una manta en medio de un charco de sangre. Este, en el centro del puente elevador. Una estructura de cuatro columnas, cada una con un brazo que aguantaba el vehículo. Todo muy extraño. Su aguda mirada empezó a dar vueltas en búsqueda de los detalles. Sacó de su bolsillo un Chupachups, quitó el envoltorio y comenzó a saborearlo. La maquinaria investigativa se había puesto en marcha.

—¡Dejadme entrar! ¡Por favor, déjame entrar!

Alguien había conseguido saltarse el cordón policial y entrar por la puerta del taller.

—Usted no puede estar aquí. —Le detiene un agente.

—¡Quiero ver a Jürgen! ¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado?

El investigador, con su caramelo, estaba viendo a distancia la escena. «Curioso», pensó. «¿Quién es esa persona?» Y, sobre todo, «¿cómo se ha enterado tan rápidamente del suceso?»

10

00:30, Stuttgart
Taller Jürgen Klassisch
martes, 22 de mayo de 1990

Los gritos habían roto el ambiente callado que reinaba en la vieja fábrica.

Los forenses trabajaban sigilosamente. El silencio casi reverencial hacia el muerto era necesario. Incluso obligatorio. Hasta que el cadáver no era movido de la escena del delito, todo el mundo hablaba en silencio. La necesidad de respetar lo que acababa de suceder era innata. Esa actuación involuntaria no estaba en los protocolos de comportamiento de los equipos de investigación, era respeto, era la vida que honraba la muerte. En ese ambiente casi eclesiástico, el alboroto de ese individuo resonaba aún más.

—¿Dónde está Jürgen? ¿Qué ha pasado aquí?

Era una persona salida del nada. Alta, con una corporación muy robusta, con un rostro alargado, unos típicos bigotes alemanes y una frente espaciosa que había ganado terreno al pelo.

A los tres pasos recorridos en la nave, es detenido por un agente. Este se retuerce e intenta escabullirse de la presa. Pero a pesar de la mole de su peso, el policía consigue retenerle.

Mientras, degustando su caramelo y analizando a distancia la situación con parsimonia, se acerca Otis.

—¡Por favor, que alguien me explique lo que ha pasado!

El inspector lo mira desde su pedestal y casi pavoneándose, se saca

el caramelo de la boca y dice:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Zelig Weber, soy amigo y socio de Jürgen. Tenemos a medias este taller —dijo mirándolo a la cara. Y continúa subiendo el tono de voz—: ¿Qué le ha pasado? —Y ya gritando histérico—. ¿Me pueden decir qué hacen aquí?

—¡Cálmese! —contestó con la tranquilidad de haber vivido en su carrera miles de esas situaciones—. Lamento informarle que su amigo ha muerto. Las causas aún son desconocidas.

Otis era un lince, un perro viejo. Aprovechó esa situación para analizar la reacción que iba a tener al recibir esa noticia. Con los ojos clavados en su rostro, investigando cada mueca que iba a hacer con la bomba que le acababa de lanzar. La comunicación no verbal era una habilidad muy desarrollada en él. Y bien, ¡nada! La reacción del socio parecía ser tan sincera como desgarradora.

—¿Cómo? ¡No puede ser! Acabo de hablar con él por teléfono, hace un par de horas. ¡No puede ser que haya muerto! —Comienza a llorar—. ¡No, Jürgen no!… era una buena persona.

—¿Qué quiere decir que acaba de hablar con él?

Espera unos segundos antes de contestar, traga saliva coge aire:

—Hace un par de horas me llamó al teléfono de mi casa contándome que estaba aquí arreglando un coche. Tocaron a la puerta y tuvo que colgar. Me extrañó mucho que alguien fuera tan tarde al taller, pero no le di importancia.

—Y entonces, ¿por qué ha venido al final? —preguntó el inspector intentando provocar alguna reacción inesperada.

—La secretaria del taller vive justo aquí delante. Cuando vio tanta sirena y coches de la policía me llamó enseguida.

Hubo un silencio. Parecía que las conversaciones se habían parado. Por un lado, el socio se sentía desubicado y el inspector estaba procesando los nuevos detalles que había en las respuestas de ese hombre.

Entonces el socio rompe ese momento de reflexión diciendo:

—¿Puedo verle?

—¡No, en absoluto! Escúcheme, mis compañeros lo conducirán al exterior, usted se quedará allí tranquilo y en breve saldré para comentarle un par de cosas. ¿Le parece? —De repente, salió el lado más educado e inesperado del inspector.

El socio asienta con la cabeza y se marcha escoltado fuera del edificio. En el descampado solo quedaban los coches de policía y los forenses, que esperaban al juez para el levantamiento del cadáver. La ambulancia había acompañado al hospital a Bruno hasta que se le pasase el efecto del shock.

—¿Qué piensas de ese hombre? —pregunta Arnold, la mano derecha de Otis.

—Me huele que dice la verdad. Puede que me equivoque, pero parecía sincero en sus respuestas.

Los dos se acercan a la zona del cadáver y empiezan a analizar la información que tenían y a aventurarse en posibles conclusiones precoces.

—¿Qué sabemos? —preguntó el inspector a su fiel escudero y también a sí mismo—. ¿Puede el coche haber caído solo encima del mecánico?

—Los cuatro brazos que aguantan el coche no presentan ningún desperfecto —contesta Arnold—. Parece como que se haya deslizado. He comprobado la etiqueta de la revisión TÜV y está recién pasada. El puente elevador estaba en perfectas condiciones.

—Estoy de acuerdo contigo, me parece difícil un fallo mecánico. —Y sigue Otis—. ¿Qué sabemos de la puerta?

—Que la trasera es muy vieja y estaba cerrada, por lo tanto, o bien alguien tenía las llaves o no pudo salir por allí. —Y le pregunta a su jefe—: ¿Por qué cada vez que vamos a ver un caso nuevo chupas uno de esos ridículos caramelos?

—Porque los caramelos de menta tapan el asqueroso olor de sangre de la escena del crimen. ¿Tienes más preguntas? ¿Podemos seguir?

—Vale, vale, era solo por saberlo, no me imaginaba que te iba a molestar.

—Sigamos. ¿Y la puerta principal?

—Los equipos de emergencia nos dijeron que Bruno tuvo que abrirla. No sabemos cómo la encontró él cuando vino, pero sí que la cerró a su paso.

—Eso es comprensible, era muy tarde y en un solar aislado —contesta el inspector

—También sabemos que Jürgen cuelga la llamada con su socio para atender a alguien que entra en el taller en medio de la noche. —Analiza Arnold—. ¿Podía haber sido Bruno?

—Hay que averiguar quién es este tal Bruno… —mira su libreta y sigue—: Bruno Malatesta. Por cierto, ¿tenemos testigos que han escuchado o visto algo fuera del taller?

—He enviado a dos agentes a comprobar el perímetro de la nave y posibles testigos. No han encontrado nada.

—Bien hecho. Me imagino que es normal a estas horas y en esta zona. Todos tenían que estar en sus casas durmiendo.

—También he verificado la agenda de Jürgen, en su despacho, y no aparece ninguna visita programada para hoy.

—Bien pensado, pero me lo suponía. ¿Qué te parece la posición del cuerpo?

Los dos se acercan a la zona del cadáver para analizar mejor.

—La colocación del cuerpo tiene algo extraño. Por cierto, Otis, jamás había visto algo semejante.

El inspector se queda callado observando la escena sin darle respuesta a su compañero.

—¿No te parece un poco forzada la orientación del cuerpo respeto al coche caído? Este mecánico, con la experiencia que debería tener, es como si lo hubiese esperado a que bajase y sin girarse o intentar a escapar. Como… “ven, aplástame”.

—Sinceramente, me parece todo muy forzado. Muy raro como accidente…

Otis responde con un medio gruñido. Se agacha, se quita el caramelo y se pone un pañuelo delante de la boca para no respirar un fuertísimo olor a sangre. Observa los objetos que hay alrededor del cadáver. Un carro de herramientas con ruedas a su derecha y una llave inglesa de palmo de la mano apoyada cemento. Sin más detalles, sin más indicios. Todo parecía hasta demasiado organizado.

Jürgen era un maniático. Su taller podía haber sido un quirófano. Ningún objeto inútil, todo en orden y limpio. La visión que tenían delante los dos policías rompía con la típica idea de las películas de Hollywood.

Los forenses seguían haciendo fotos y mediciones. Vestidos como astronautas para no contaminar la zona. Acabada la inspección, los dos investigadores se encaminan hacia la salida. No consiguieron gran información, pocos datos tenían y muchas dudas. Prefirieron dirigirse hacia el socio y averiguar si él podía desgranar algún detalle más.

Se acercan a Zelig, abatido.

—Antes de nada, permítame darle el pésame por su socio —dice Otis mirando al hombre—. Admito que he sido muy directo antes. Necesitaríamos hablar con usted. ¿Se siente con fuerzas para contestar un par de preguntas?

—Dígame —responde con ojos rojos.

—¿Quién podía ser la persona misteriosa que se presenta a las once de la noche en vuestro taller y a la que Jürgen abre la puerta?

—Lo llevo pensando desde que he llegado. Pero no tengo ni idea.

—Como empresa, ¿tenían acreedores, clientes no satisfechos o algún otro tipo de enemigo?

—No, éramos un taller serio y todas las personas con las que trabajamos estaban contentas. Si las hubiera, ahora no me acuerdo. Tampoco consigo concentrarme mucho.

—No se preocupe eso es normal. —Intenta tranquilizarle, ya que no era un interrogatorio oficial.

—¿Quién tenía la llave del taller? —pregunta Arnold

El socio se queda callado por unos instantes y luego responde.

—Pues creo que el jefe de mecánicos y Bruno. Yo dispongo solo de la llave de la entrada. Ellos dos, creo recordar, tienen tanto la de principal como la trasera.

—¿Quién es el jefe de mecánicos?

—Se llama Conrad, una persona de confianza de Jürgen.

—¿Nos puede facilitar los números de teléfono y los domicilios de estas personas?

—Yo no los tengo, pero mañana le diré a la secretaria que les indique nombres completos y números de teléfono.

—Por favor, que nos llame mañana sin falta. Aquí le dejo mi tarjeta donde me puede encontrar. Váyase a casa e intente descansar.

Otis encarga a su compañero que anotase las generalidades del socio y un teléfono de contacto. Mientras, vuelve a entrar en el taller. Los forenses habían acabado y se marchaban.

Volvía a reinar un silencio ensordecedor.

Sus ojos analíticos estaban revisando con una cierta distancia todo el espacio de la vieja fábrica. Las vigas de hierro que aguantaban la cubierta daban una sensación aún más inquietante. Podía haber sido una industria textil a principios de siglo.

El inspector observaba con detenimiento todo a su alrededor, le estaba aplastando una sensación inevitable. Detalles evidentes se le estaba escapando. ¿Pero cuáles eran? La machacante sensación de tenerlo debajo de su nariz, sin poderse dar cuenta de qué se trataba.

Era tarde, atribuyó al cansancio que le impedía ver lo que no se veía. Volvería al mismo sitio, pero con más información y más descansado.

Eso acababa de empezar.

11

09:00, Stuttgart

Obitorio

martes, 22 de mayo de 1990

La gota de crema bajaba por la barba.

El bigote se había espolvoreado de blanco con el azúcar glasé. Lo que quedaba del Krapfen, volvió a depositarlo encima de la mesa, junto al café americano. Eso era su desayuno. Rápido, calórico, insalubre, como los cadáveres que estaban a su alrededor.

La oficina de Wagner era una simple mesa en medio del modesto laboratorio forense. Llena de papeles desordenados, sin importancia, guardados sin razón. En su vida, todo tenía orden, aunque no lo aparentase.

Era el forense encargado del pequeño depósito del sector Sud. Siempre ajetreado y sobrecargado de trabajo. Su habilidad y experiencia, que había adquirido con el tiempo, confería al médico una autoridad indiscutible en la policía. Sin embargo, el cuerpo que tenía delante era diferente. Una muerte extraña, rozando lo inverosímil.

La mañana había empezado pronto. Le dio tiempo solo de pasar por la panadería al lado de casa e ir directo al trabajo. En medio de la noche, había recibido una llamada de Otis. Este, de forma excepcional, le pedía que diera prioridad a un caso singular.

Mientras estaba redactando el informe forense, aprovechaba el tiempo desayunando. Pero justo en ese momento aparecía el inspector que le había encomendado el extraño reconocimiento. Le seguía su fiel escudero. Tenían cara de pocos amigos, las ojeras delataban una noche corta y llena de preguntas.

—¡Ooooh mira, ya tenemos aquí a Chip y Chop!

—Buenos días, Wagner. Yo también me alegro de verte.

—Si tuviéramos que hacer un ranking de los casos más raros de la

ciudad, ¿eres consciente de que lo ganarías?

Otis arranca a contestarle y el forense le corta para continuar hablando.

—No, no, mucho mejor, escucha esta: ¡Si hubiera una división de casos raros en las olimpiadas de la policía, tú serías el abanderado! —concluye y comienza a reírse solo, aunque no había hecho ninguna gracia a los dos inspectores.

—¡No queríamos este caso, nos lo han asignado a dedo!… así que, igual que a nosotros, te ha tocado.

—Entiendo, pero lo que no soporto es que a las cuatro de la mañana me llames.

El inspector en esa ocasión se había pasado. Pero hábilmente, sin pedirle disculpas, desvió la conversación.

—¿Te has comprado un Alfa Romeo? —pregunta girándose hacia la puerta indicando con el dedo, usando un tono casi burlesco como si no se creyera lo que estaba diciendo—. ¿Es que no sabes de dónde viene tu sueldo?

—¡La mejor defensa es el ataque! ¿Ahora me sacas la tontería está? ¿En serio? ¿Realmente piensas que desviando mi atención a la marca del coche que he comprado te dejaré cambiar tema?

El forense ya sabía de qué pie cojeaba el inspector, cuando quería era un lince. Precisamente por eso estaba en ese puesto.

—¿Os importa que dejemos la batalla de gallos para otro día? —dice el otro inspector, haciendo aterrizar a los otros dos y recordándoles para qué habían venido.

—¡Es el sensato del grupo! —dice el inspector resignado.

—Bueno, vamos a por lo que nos incumbe. —El forense da un mordisco al bollito de crema y se levanta. Se dirige a la pared trasera donde se encontraban los lóculos refrigerados con los cadáveres.

Agarra la manilla de acero inoxidable, abre la compuerta y extrae la camilla en toda su extensión. Encima estaba una enorme bolsa verde con una cremallera plateada. En su interior se encontraba el cuerpo de Jürgen.

Wagner, con naturalidad, abre la funda y aparta los dos lados. El enorme cadáver empezaba a coger una ligera tonalidad azul. Estaba desangrado y lleno de cicatrices a lo largo del cuerpo. Frío, desnudo e inmóvil.

Los dos policías por fin ven el cuerpo entero y el rostro inexpresivo del cadáver sin el vehículo que le había chafado. Se colocan un pañuelo en el rostro, filtrando su respiración. El hedor a cadáver habría tumbado a cualquier persona. Menos al forense, que estaba acostumbrado a todo. Sus fosas nasales habían normalizado los olores de cloacas más profundas.

—A ver que tenemos aquí. —Con un lápiz empieza a señalar las partes del cuerpo—. Como bien podéis ver, la causa de la muerte ha sido la presión en el tórax que lo ha aplastado. Por los valores de adrenalina en sangre, no se lo esperaba. Una muerte casi inmediata e indolora.

El cadáver presentaba una cicatriz que recorría todo el torso. Eso quería decir que el forense lo había abierto entero para comprobar el estado de los órganos y de la caja torácica.

—De este modo, ¿me confirmas que ha muerto por la presión recibida de un vehículo? —pregunta el inspector

—Sí… y no —contesta el forense.

En ese preciso momento el médico empieza a abrir la caja de Pandora.

—Sí, este hombre ha muerto a causa de la pérdida de sangre y por haber sido aplastado por un cuerpo extremadamente pesado. Las costillas penetraron el pulmón y se quedó sin aire en pocos segundos, sin emitir un solo grito. Esto en el caso que hubiera estado despierto, cosa que descarto por el ínfimo nivel de adrenalina en sangre. —Y sigue—: ¡Pero hay algo más!

Wagner agarra la cabeza del cadáver y le da la vuelta.

—¡Aquí tenemos el fallo en Matrix! —dice enseñando la cabeza.

—¡No te sigo! —comenta el policía

—El cráneo en la parte posterior tiene una herida que no coincide con nada. La presión que ha recibido en el tórax no debería haber creado este cráter. —Vuelve a apoyar la cabeza en la camilla de acero y se dirige hacia la mesa.

—Mirad, el cadáver fue encontrado en una superficie perfectamente plana. Por lo tanto, la presión del vehículo no debería haber creado este orificio que tiene en la cabeza. —Se aclara la voz y sigue—: Doy un paso hacia atrás. La muerte ocurrió por dos mecanismos. Por un lado, un mecanismo traumático, en el contexto de un traumatismo craneoencefálico con fractura craneal importante. Por el otro, un mecanismo asfíctico y politraumático por aplastamiento.

Los ojos de Otis empezaban a cerrarse ligeramente, estaba entendiendo que ese detalle le llevaría por la senda de la verdad.

En medio de las fotos el forense extrae un dibujo que había realizado a mano alzada.

—¿Veis? Este es el cráneo de la víctima. El orificio tiene la forma circular y onda. En la parte inferior, es decir, hacia la base del cráneo, este cuerpo cilíndrico ha entrado unos tres centímetros. Sin embargo, en la parte superior ha entrado menos de uno. Eso quiere decir que esta lesión, que no tienen nada que ver con el vehículo, había sido infligida a la víctima antes. Incluso puedo atreverme a pronosticar que la persona que lo ha hecho era de una altura inferior a la del muerto. Y que ese cilindro es una herramienta del taller. —El forense deja los papeles encima de la mesa para que sigan viéndolo los inspectores—. Otra cosa es que siga allí ese instrumento. —Acaba su *lectio magistris* y vuelve a dar otro mordisco a su delicioso Krapfen.

Los dos detectives estaban sorprendidos. Otis el que más. Su propia compostura no se lo permitía, pero si hubiera podido habría estado con la boca abierta delante de esa explicación. Sus peores predicciones se habían cumplido. Se estaba desvelando más complejo de lo que aparentemente alguien quería simular.

—Entiendo. ¿Entonces tú no crees que haya sido un accidente? ¿Lo descartarías?

—Pero ¿tú me escuchas cuando hablo? —contesta el forense con la boca llena y haciendo volar azúcar glasé.

—Bueno es solo para descartar hipótesis —contesta mirando su acompañante y sigue—: Creo que nos tenemos que dirigir otra vez al taller. Allí hay mucha más información de la que aparenta haber.

Otis era una persona muy orgullosa, le costaba agradecer y reconocer el buen trabajo que hacía su equipo. Expresaba sus sentimientos a su manera.

—Vámonos, Arnold —dice el inspector dando una palmada en la espalda del forense como signo de gratitud.

Ya en la puerta y a distancia, le lanza al forense despidiéndose:

—Sabes que esos bollitos te van a matar ¿verdad?

—De nada… Otis! Es siempre un placer recibir una visita tuya —concluye el forense viéndolos salir de su jurisdicción. Acto seguido, coge su taza de café y sigue desayunando en medio de su silencio y de los cuerpos inertes que lo rodeaban.

A veces nos sentimos solos. Rodeados de las cosas que más queremos y más nos comprenden. Wagner era eso, infeliz en medio de los vivos y cómodo en medio de los muertos. Los mismos que callaban cuando tenían que escuchar. En medio de su mundo, él se encontraba cómodo, dentro de su inadaptación en el mundo había encontrado su parcela. Eso era su vida y era la muerte. Cada uno habría visto y sentido cosas diferentes.

12

10:30, Stuttgart

Taller de Jürgen

martes, 22 de mayo de 1990

El BMW del inspector se detuvo delante de la puerta del taller.

Hacía pocas horas que se habían marchado y volvían a estar en el mismo lugar. Con la luz del día todo podría parecer diferente. El silencio del descampado había dejado sitio al bullicio de un día normal de trabajo. Era un oasis en medio de una periferia que año tras año venía engullida por la ciudad. Uno de los pocos solares desaprovechados.

Los inspectores bajaron del vehículo. Tenían las llaves del establecimiento. Arrancaron las cintas policiales que los forenses habían colocado. Los primeros pasos resonaban en la vieja fábrica. Lo que tenía que ser un día normal de trabajo, se convirtió en un desolado momento.

—Otis, ¿qué te parece si doy una vuelta al perímetro exterior para ver si encuentro algún objeto que se nos puede haber escapado anoche?

—Perfecto, empieza por allí, yo lo haré por dentro.

Arnold salió del establecimiento y empezó a dar vueltas al perímetro. Las descuidadas hierbas podían esconder muchas sorpresas. Se procuró un bastón y comenzó a tumbar los mechones de la alta y seca maleza.

El Porsche “asesino” había sido apartado por los bomberos. El morro se encontraba abollado por la caída. Presentaba manchas de sangre en el capó y en el parachoques. En toda la superficie del vehículo había una capa de polvo blanco que los forenses utilizaron para buscar huellas dactilares. El vehículo no le llamó la atención, el inspector estaba buscando un objeto concreto.

Se acordó de que al lado del cadáver había un carro de herramientas. Fue directo a él. Allí su experiencia le decía que podría encontrar la posible arma del delito. Empezó a rebuscar en todos los cajones. La limpieza de las herramientas y del carro eran las mismas que el estado impoluto del taller. Llegó a la conclusión personal de que dedicaban más tiempo en limpiar que a reparar los coches. En un lateral había papel, trapos y un espray desengrasante.

En el primer cajón, reposaban tornillos y destornilladores manuales y uno eléctrico. En el siguiente, llaves inglesas en orden progresivo de tamaño. En el tercero, herramientas más grandes, martillos, carracas y otros elementos extraños de los que desconocía su función. En el cuarto, ulteriores artilugios que no respondían a las indicaciones del forense. Este había sido claro, la herida delataba que el objeto tenía que ser cilíndrico con un mango y de un diámetro de 2,5 cm. Ni más, ni menos. Eso, en el carro, no estaba.

Cerrados todos los cajones volvió a mirar a su alrededor. La puerta de entrada se abrió, Arnold había inspeccionado el exterior.

—Nada. El perímetro está limpio —dijo su mano derecha

—De acuerdo. Controla las oficinas, yo sigo con el taller.

El fiel escudero empezó a revisar cajón por cajón de cada armario que había en la oficina de la secretaria y del despacho del jefe.

La imaginación de Otis se esperaba encontrar el arma del delito justo al lado del cadáver, sin embargo, se dio cuenta de que era demasiado sencillo. Las ganas de cerrar el caso tergiversaron su imaginación.

Demasiado obvio. Se sorprendía de sí mismo por pensar de esa forma tan simple.

«Claro, ¡y nos habría dejado un cartel diciendo también quién había sido! ¡Qué tonto!» se decía en su interior.

Comenzó a inspeccionar los otros puentes elevadores, con más Porsches clásicos. Muchos de estos se encontraban reparándose, la mayoría sin ruedas y algunos sin partes de la carrocería o motor. Cada vehículo tenía un banco de herramientas contra la pared.

Pasaron más de una hora removiendo el taller. Las esperanzas de encontrar el objeto iban menguando. Lo más normal era que el asesino se lo hubiese llevado. Hasta que Otis, después de haber inspeccionado el último elevador, levantó la mirada. Algo le llamó la atención. Un espacio justo en frente, al otro lado de la nave donde parecía que cambiaban neumáticos. El espacio se componía por una prensa en el centro, llantas y ruedas a la izquierda. Todo colocado con sumo orden y precisión. A la derecha se encontraba una mesa con un pequeño carro con ruedas. Insignificante, desapercibido.

¿Por qué le había llamado la atención ese espacio?

Se acercó al primer cajón del carrito y lo abrió.

—¡Arnold, ven aquí! —dijo después de ver su interior.

—¿Qué has encontrado?

—¡Puede que lo tengamos! —dijo levantando una herramienta de aluminio que parecía coincidir con las características que buscaban—. Vete al coche a por la luz ultravioleta.

El otro investigador ejecutó la orden.

Habían encontrado las llaves tubulares que servían para cambiar las ruedas. Para aflojar los bujes de las llantas, se necesitaban esas herramientas específicas.

Cogió el número diez y midió el diámetro. Era pequeño. Cogió el once, luego el doce. La llave cilíndrica número trece coincidía con el diámetro que le había indicado Wagner. Apagaron la luz de la habitación de los neumáticos y encendieron la luz ultravioleta. El asesino podía haber limpiado muy bien las huellas y la sangre, pero esa prueba era infalible.

Empezaron a rotar la llave frente al haz de luz. Allí estaban. Las manchas que tenía en la parte exterior eran sutiles, habían sido expresamente limpiadas a conciencia. Sin embargo, en el interior del cilindro eran claras. Las manchas de sangre desaparecen de la vista humana, pero penetran en la materia. Todo apuntaba a que habían encontrado el arma del delito.

Los dos inspectores se miraron la cara con una cierta satisfacción. Y complicidad.

—Pero ¿quién deja el objeto del delito en la escena del crimen cuando se la puede llevar? —preguntó Arnold.

—Alguien más listo de lo que te crees. Porque dejar todo en orden y no sacar nada llama menos la atención que si faltase justamente una pieza.

—Creo que tenemos que volver a ver Wagner y que nos analice estas manchas de sangre —concluyó el inspector.

Los policías encontraron lo que buscaban. Cerraron el cajón y se dirigieron hacia la salida. Recolocaron las cintas forenses y entraron en el coche. Al entrar se dieron cuenta de que la radio estaba sonando.

—Sí, central, aquí Hoffman

«Llevo media hora buscándoos, ¿dónde estabais?»

—Rebuscando en la basura. ¿Querías venir a echarnos una mano? ¿Qué ha pasado?

«Hemos conseguido localizar a Bruno Malatesta. En media hora estará en la central para ser interrogado.»

—De acuerdo. Si llega antes de nosotros, que nos espere.

Cuelga la radio en el tablero del coche, se gira hacia Arnold y concluye:

—Pero antes daremos una sorpresa a Wagner para llevarle su regalo de Navidad.

13

12:00, Stuttgart

Estación de policía

martes, 22 de mayo de 1990

Era un martes cualquiera para todas las personas en el vestíbulo de la comisaría. Un frenético ir y venir de policías, delincuentes y personas al uso. Pero no lo era para Bruno. Seguía en un tsunami emocional debido a lo que había sucedido la noche anterior.

Se vistió con rapidez. La llamada de la policía en la que se le decía que le necesitaban urgentemente en comisaría. Un tejano y un polo limpio. Lo justo para salir de casa y ser presentable.

—Soy Bruno Malatesta. Vengo a declarar por un accidente.

El agente de la recepción controla una lista de personas y encuentra su nombre.

—Un documento, por favor.

El italiano extrae su pasaporte y lo entrega por la pequeña fisura que había en el cristal. Después de un par de minutos de comprobaciones y apuntar unos datos, se lo devuelve.

—Por aquí, por favor —le indica el hombre detrás de la ventanilla —. Pasé por esa puerta y espere a mi compañero.

El italiano obedece y al otro lado otro policía lo estaba esperando. Le hace una señal para que lo siga, atraviesan un largo pasillo de puertas por ambos lados. Las luces amarillas de neón pintaban de un extraño ocre las paredes. A la mitad del pasadizo, Bruno se había acompasado a los pasos del policía, hasta que, casi al final, este se detiene y se gira. Se encontraban delante de la puerta número 13. Una pequeña placa verde botella lo indicaba. El agente la abre hacia adentro y hace una señal al italiano para que entre. Éste la acata.

—Siéntese, por favor. Mis compañeros llegarán en unos minutos — indica el agente con un tono afable.

Bruno se sienta a un lado de la mesa, está en el centro de la habitación. Delante de él había otra silla, a la derecha la puerta por la que entró y a la izquierda un cristal oscuro como la noche que había pasado hacía pocas horas. Ningún cuadro, las paredes desnudas daban una imagen aséptica, impersonal, ningún elemento de distracción. Una habitación simplemente funcional. Lo había visto en películas, al otro lado del cristal tenían que estar observándolo y seguramente grabando.

Los supuestos compañeros del amable agente no tardaron minutos, Bruno esperó más de una hora. Sentado, sin agua, sin noticias y, lo peor, se sentía un criminal.

Muchas veces, viendo las películas de policías se hacía esa pregunta: «¿Cómo se siente una persona en esas circunstancias?» Por desgracia, ahora lo sabía.

El tiempo pasaba lento, casi parecía que se había detenido. Que no era así lo corroboraba la complicidad de su reloj con el que se encontraba en la pared.

Tocaron la puerta con educación, entró un hombre. Tenía pinta de malo, con gafas estilo Top Gun, pelo blanco engominado hacia atrás, una presencia que imponía respeto y una mirada rigurosa.

—Buenos días, me llamó Otis Hoffman, soy el inspector jefe al mando de la investigación sobre la muerte del Sr. Jürgen Nebe —dijo una vez sentado—. Yo he sido el que le ha hecho venir.

El inspector alarga la mano y el italiano, obligado, se la estrecha. El viejo policía, mirándolo fijamente a los ojos, nota que la fuerza del acto del joven era casi nula. Una mano fría, desconsolada, pero no sudada y ni siquiera temblorosa. Representaba el estado de ánimo que tenía el chico, no era de presión nerviosa, era de sensación abatida.

—Señor Malatesta, usted se ha presentado sin abogado, ¿es consciente de ello? —Inicia el inspector.

—¿Por qué debería haber venido con un abogado si ha sido un accidente? —replica el italiano asombrado.

—No estamos tan seguros de que estemos delante de un accidente

—dice el espectador sin quitarle los ojos de encima—. ¿Puede indicarme dónde estuvo ayer por la tarde antes de dirigirse al taller? —Cambia de tema el inspector

—Pasé la tarde con mi novia, Angélika Schwartz, en mi piso.

—¿Ella lo puedo confirmar? ¿Tiene algún inconveniente si se lo preguntamos?

—No, claro que no.

—¿Qué hacía usted en el lugar del suceso?

—Es una larga historia… y compleja —dijo casi avergonzado.

—No se preocupe, tenemos tiempo.

Bruno suspira. Espera un momento para ordenar las ideas y empieza a explicar al inspector todo lo que había pasado en las horas anteriores. O mejor dicho casi todo. Se avergonzaba de contarle a un extraño que lo que le hizo ir al taller esa noche fue su instinto. Ese detalle se lo guardó. Argumentó que estaba con su chica y después, dando una versión más comprensible, aburrido de estar en casa solo se fue al taller.

El inspector escuchaba atento, aunque había detalles que no le acababan de encajar. Todas las confesiones o las deposiciones eran como un puzle. Gracias a su habilidad, solía conseguir ensamblar el rompecabezas, después de juntar varios puzles hasta obtener la visión global de un suceso.

—Entonces, cuando usted llegó al taller ¿la puerta principal estaba cerrada? ¿He entendido bien?

—Exacto. Cuando llegué tuve que abrir con mi juego de llaves, porque Jürgen se había cerrado por dentro. Antes de empezar a trabajar con él, solía hacerlo hasta altas horas de la noche sin encerrarse. En las ocasiones en las que iba a ayudarle, le insistía en que lo hiciese. Ya sabe, el taller está en medio de un descampado en una zona conflictiva.

—Entiendo —dijo el inspector, espero unos instantes y siguió—. Entonces ¿usted no había quedado con su jefe a esa hora?

—Exacto, se lo acabo de decir, no habíamos quedado.

—Entonces ¿por qué se dirigió al lugar del suceso? Como podrá entender, me resulta algo inexplicable, lo comprende ¿verdad? —se justificó el inspector sin quitarle el ojo de encima.

—Hoy martes tenía que salir hacia España el Porsche con el que acabamos de venir de Italia. Estaba en casa solo, aburrido, quería ir a ver si podía ayudarle para que tardase menos en repararlo.

El inspector emitió un sonido que parecía que gruñera.

—¿Qué relación tenía con Jürgen?

Las preguntas comenzaban a tomar un giro pesado. El ambiente se estaba cargando, el joven italiano empezó a perder su tranquilidad. Se tomó un momento antes de contestar, en su cabeza pasaban las etapas que habían vivido juntos. Se bloqueó. No conseguía seguir.

—¿Se encuentra bien? —añadió el inspector.

El policía se dio cuenta de que el interrogado empezaba a llorar.

—Jürgen no era mi jefe, se había convertido en mi familia, en el padre que necesitaba aquí en Alemania y que nunca tuve. Me dio una oportunidad, una nueva vida, me abrió las puertas al sueño que tanto había perseguido. Él era mi mentor, una de las personas que más quería en mi vida. No me explico qué pudo haber pasado. Es terrible, ¿cómo pudo suceder? Era un buen hombre, no se merecía morir debajo de un coche, y menos debajo de uno de sus tan queridos Porsches —dijo entre sollozos. Una vez acabó de hablar, buscó un pañuelo en sus pantalones y se limpió la nariz.

Otis detecta que el chaval hablaba con el corazón en la mano. Era sincero, su reacción al recordar cómo era la víctima había desencadenado en él una actuación genuina, que se veía pocas veces.

Pero todavía no había acabado. Aunque le podía aparecer inocente, necesitaba escarbar más.

—¿Cómo se conocieron usted y Jürgen? —preguntó con una pincelada de compasión.

—Cuando acabé el curso de mecánica en la escuela, vine al taller para hacer unas prácticas. Duraron pocos meses. Cuando se acabaron, él me contrató.

—Señor Malatesta, entiendo su situación y le voy a decir algo: ¡Le creo!, y le aseguro que esto normalmente no se lo digo a alguien al que estoy interrogando. —Los dos se miran a los ojos con una complicidad que hasta el momento no había sucedido. Y sigue—. Necesito su ayuda. Si queremos coger a la persona que ha hecho esto a su mentor tendrá que colaborar.

El italiano asiente con la cabeza, aún sin creer lo que acababa de suceder.

—¿Quién puede haber sido?

Bruno le quita la vista, empieza a observarse las manos, intentando escabullir su mirada. No quería decirle la verdad. No podía decirle lo que pensaba.

—¿Sabe algo más…? Pero… ¿tiene miedo de decírmelo?

El chico se separa de la mesa un palmo y mira hacia el suelo, con temor a lo que le podía suceder.

—Escúcheme, puede confiar en mí. No le va a pasar nada. Y diga lo que diga se quedará en esta habitación, incluso le vamos a proteger si vemos que está en peligro.

Bruno se echa a llorar desconsolado. El inspector conseguía poner el dedo en la parte más crucial del problema.

—No es justo. Tenía que haber estado yo debajo de ese coche —dijo gritando y llorando a la vez.

—¿Qué quieres decir, chico? —preguntó cogiéndole una mano, creando ese estado de confianza para que pudiera seguir sacando lo que tenía adentro.

—Me quería hacer daño, si no hubiera sido por Jürgen me hubiera pegado.

La gota que rebasa el vaso. Un río puede estar con los caudales rebosantes, pero cuando un terraplén cede, el agua se evacua con toda su fuerza, más aún que la del mismo cauce. La fuerza de la naturaleza lo empuja y nada puede detenerlo. Solo hacía falta una pequeña brecha, encontrar el punto

débil o adecuado y el resto lo seguiría como un efecto dominó.

—¿Quién te quería hacer daño, Bruno?

—El jefe de mecánicos, Conrad. En Italia le hice un feo, se lo tomó fatal y seguramente me la quería devolver.

—¿Qué pasó en Italia?

Bruno respira y explica al inspector el ridículo que le había hecho pasar al jefe.

—Entiendo, Bruno, la situación. Pero ¿qué tiene que ver eso con que tenías que estar tú en el taller?

—Conrad se fue pensando que yo me quedaba reparando el coche. Se fueron con la idea que me quedaba yo… ¡solo! Puede que volviesen después para darme una paliza. Y se encontraron con Jürgen.

—Bueno, Bruno, por hoy está bien. Hace mucho que estás en esta habitación, entre lo que has esperado y lo que llevamos de la explicación, es mejor que lo dejemos aquí —dice el inspector mientras se levanta de pie. Y sigue—: Quédate en la ciudad, por favor, si te alejas nos lo deberías comunicar. Gracias por haber venido, has sido muy valiente.

—No es para tanto. Aunque le seré sincero… —Bruno abre la puerta y antes de salir de la habitación acaba—, espero no volver a verlo.

Recorre el pasadizo, atraviesa la recepción concurrida y se aleja de la comisaría de policía.

El inspector entra en la habitación oscura, la de detrás del cristal. Efectivamente, allí estaban grabando las conversaciones. Arnold sentado, con un café inacabado, ya frío.

—¿Qué opinas? —pregunta el fiel escudero.

—Estoy casi seguro de su inocencia, y me llama mucho la atención el mecánico jefe que quería darle una paliza a este chaval. —Calla y mirando al infinito se pregunta—: ¿Vale la pena matar a tu jefe, a la

misma persona que te hace trabajar por un suceso como el que ocurrió en Italia? ¿Vale la pena? ¿Alguien realmente lo haría? Y, sobre todo, ¿qué ganaría? —se pregunta el mismo inspector.

—Parece mentira que esto lo digas tú, Otis, con tu experiencia ya deberías saber que por mucho menos la gente saca una navaja y mata —replica Arnold, captando la atención del otro inspector—. Pero ¿sabes la buena noticia?

Otis lo mira, levanta las cejas y espera que lo sorprenda.

—Conrad es la otra persona que tenía las llaves de la nave… y en media hora estará aquí para declarar.

14:00, Stuttgart

Apartamento de Bruno

martes, 22 de mayo de 1990

El inspector le revolvió el estado de ánimo.
Como el poso de un vino artesanal. Una botella de cava sin filtrar, que, habiendo estado por un período tumbada, empiezas a sacudirla. El poso comienza a infiltrarse en el líquido convirtiéndolo en turbio. Ese poso eran las emociones despertadas en la declaración. Bruno se encontraba tan denso, como sacudido emocionalmente. No solo por haber contemplado el cadáver de su mentor, algo que hubiera sido suficiente. El destino quería hacerle un callo aún más duro. La declaración lo acabó de perturbar.

Los pocos kilómetros que separaban la comisaría con su casa se estaban haciendo mucho más largos que a la ida. Conducía en piloto automático. Por la cabeza se le pasó la idea de, en lugar de ir hacia casa, seguir recto sin rumbo y conducir hasta que la gasolina se acabase. Empezar de nuevo, en un sitio que no le conocieran, sin apego a las personas, sin nada, solamente él y un recuerdo para olvidar. Pero estaba Angélika, quien le hacía sentirse especial. La mujer con la que soñaba con despertar cada mañana a su lado. Ella era prácticamente el único anclaje que le quedaba a esa vida, ¡no podía perderla! No era fácil encontrar otra chica así en la vida.

Miraba por el retrovisor por si alguien venía por detrás, pero lo único que lo seguía era la nostalgia y la tristeza por lo que le había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

A pesar de sentirse tan desorientado en la vida, consiguió encontrar el camino a casa. Aparcó el coche como era habitual. Lo cerró y se dirigió hacia el portal. Igual que un espectro. Sin fuerzas, sin ilusión, sin ningún tipo de ánimo.

El espacio dentro los cuatro edificios creaba una zona comunitaria abierta que llevaba a los cuatro portales. Cuando el joven italiano entró en ese espacio sintió una presencia. Se asombró de que alguien lo hubiera seguido. Tenía que haber sido desde el aparcamiento. Los pasos de las dos personas rebotaban en la galería a pocos metros de la puerta al edificio. Los peores presagios empezaban a surgir en su mente. ¿Quién le podía pisar los talones? ¿Qué quería ahora esa persona?

Los pasos se aceleraron. Bruno sacó la llave para tenerla lista cuando estuviera delante de la puerta. Se sentía acorralado, nervioso, pero no quería trasmitirlo.

En cuanto tiene de frente la puerta intenta introducir la llave en la fisura. Los nervios hacen que se le caiga. Los pasos por detrás siguen acercándose. Se agacha y rápidamente la recoge. Al introducirla consigue abrir al primer intento. La puerta se abre, está a salvo. Al dar el primer paso para entrar, siente la presión de una mano en su hombro. El susto le provoca un sobresalto. Una descarga eléctrica por toda la espalda producida por esa persona. La tiene detrás, cierra los ojos y se deja llevar por la voluntad del destino.

—Bruno, ¿eres tú?

Una voz de un hombre que nunca había oído resuena en el rellano como un relámpago.

—Soy Zelig, el socio de Jürgen.

De golpe, el chaval se siente a salvo. Había imaginado lo peor, o incluso lo que creía merecer. Pero la vida tenía otro programa para él. Se gira y le mira la cara. No conocía a ese hombre. Era la primera vez que le veía.

—¿Sabe que me ha dado un susto de muerte?

—Lo siento, Bruno, justamente no era mi intención. Necesito hablar contigo, es importante.

El italiano lo invita a subir a su humilde morada.

Los dos cogen el ascensor y se dirigen al piso del italiano. En el momento en el que abre la puerta y se acomodan, se da cuenta de que

podía haber dejado entrar en su casa al asesino de su mentor. Pero a esas alturas, ya no le importaba. Su vida había sido trastocada desde los cimientos, peor no podía ir. Pero se equivocaba.

—¿Cómo estás, Bruno? —dijo el socio sentado en el sofá.

—Me siento como un trapo —contesta mirando a través de la ventana, casi distante de la conversación.

—Me lo imagino, a mí me pasa igual.

—¿Qué vas a hacer con el taller? —preguntó el italiano.

—No lo sé, es muy pronto para tomar una decisión. Pero sin Jürgen, el proyecto pierde su esencia —contestó mirando hacia el suelo. Y replica—: ¿Y tú qué vas a hacer?

—No lo sé, he perdido mi columna. Jürgen era un mentor para mí. Puede que me vuelva a Italia —dijo con aire desconsolado.

La respuesta de Bruno era como un terremoto en los planes del socio. Se quedaron en silencio por varios minutos, incómodos por esa conversación tan difícil, y más siendo la primera que tenían.

—Jürgen era como un hermano para mí. Esta pérdida no ha sido dura solo para ti. Tú has perdido a un amigo, sin embargo, yo a una extremidad de mi cuerpo. —Zelig se emociona y después de unos instantes vuelve a incorporarse—. Nos conocemos desde hace, [silencio]… no sé cuántos años, he perdido la cuenta. Éramos dos adolescentes que vivían la vida. Perseguíamos a las chicas con una Mobylette. En realidad, queríamos una moto de marchas, pero nuestros padres no se lo podían permitir. Íbamos bajando de revoluciones como si estuviésemos cambiando de marcha. Eso nos hacía sentir más importantes, más guay. Luego nos dividimos. Yo a la universidad de empresariales y él ingeniería mecánica. Nos queríamos, pero éramos diferentes, inseparables. Yo la concluí, él a los seis meses la dejó e hizo el grado superior de mecánica. Descubrió su amor por los Porsche y, cuando quiso montar su taller, yo me ofrecí a darle el capital. Ya había hecho dinero con mi primera aventura empresarial.

Cobré una comisión por la venta de un edificio. Me parecía todo el dinero del mundo. Y qué mejor que ayudar a cumplir el sueño de mi mejor amigo.

Zelig se da cuenta de que el chaval lo estaba escuchando interesado, nunca había oído cómo empezó Jürgen.

—¡No puedes irte! O por lo menos, no hasta que sepamos quién ha matado a nuestro Jürgen.

—Pero y yo, ¿cómo te puedo ayudar? ¡No soy policía!

—Tengo la sensación de que esta gente no va a conseguir entender nada. Y si lo consiguen será porque nosotros les habremos ayudado… —Y sigue—: Necesito que te quedes para entender qué ha pasado. Te lo pido por favor, te lo pido por mí, te lo pido por Jürgen.

Bruno suspira, y a pesar de no ver nada claro esa situación, le contesta:

—Pero ¿qué se supone que tengo que hacer?

—De momento nada. Necesitamos entender y reconstruir los últimos pasos de Jürgen. Te doy mi palabra de que vamos a descubrir quién ha sido el que ha perpetrado la muerte de nuestro amigo.

El italiano había entendido que era demasiado pronto para tomar decisiones, era demasiado pronto para irse o para quedarse. Tenía que dejar fluir los acontecimientos y que el poso de las sensaciones y de las cosas volviese al fondo de la botella. Una vez salido del ojo del tornado, intuía que volvería a recuperar distancia de los sucesos para tomar posibles decisiones.

Se sentaron uno al lado del otro y Bruno empezó a explicarle lo que había sucedido en Italia, que era él quien tenía que haber estado esa noche allí, en el taller. Sus miedos, sus sospechas; se abrió a un desconocido como si lo hubiera hecho ante su mentor. Por él y por todo lo que le había dado en su nueva vida alemana que se acababa de esfumar.

15

14:00, Stuttgart

Estación de policía

martes, 22 de mayo de 1990

Abrió la puerta y allí estaba, delante de él.

Llevaba una hora sentado. Esta vez lo hizo esperar. Quería verle cristal a través, cómo reaccionaba, qué hacía, cómo gestionaba esa espera molesta. Impasible, frío, calculador. Controlaba muy bien sus emociones sabiendo lo que había detrás del cristal. Daba la impresión de que venía a interpretar el papel designado.

Su ropa era normal, casi descuidada. El inspector desconocía cómo tenía que ir vestido un jefe de mecánicos del mejor taller de Porsches del país. Pero se daba cuenta de que era una persona algo dejada. No le transmitía confianza. Si hubiese sido un ciudadano, y si se lo hubiese encontrado en un callejón oscuro, habría cambiado de dirección.

—Buenos días —dice ya sentado de frente. Comienza la exposición.

El declarante se queda silencioso, como en una partida de ajedrez, esperando el siguiente movimiento.

—Señor Conrad, veo que usted ha venido sin abogado.

—Claro, no he hecho nada de malo. ¿Tenía que traerlo? ¿Estoy acusado de algo?

El jefe de mecánicos fue directo al grano, seguramente cansado de estar allí dentro tanto tiempo.

—¿Puede decirme dónde estuvo ayer por la tarde y por la noche? —Cambió de tercio el inspector

—Estuve toda la tarde en casa. Desde que llegamos de Italia, hasta esta mañana que me habéis llamado.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Mi mujer. Desde que llegó de trabajar a las siete hasta esta mañana que se ha vuelto a ir —dijo el jefe denotando cierta

arrogancia.

—Por favor, antes que se vaya deje a mis compañeros los datos de su mujer para poder corroborarlo —dijo apuntándoselo en un papel para que no se olvidara. Y sigue—: ¿De qué conocía Jürgen?

Conrad no quería decir la verdad, la verdad era muy pesada de sacar a la luz, más aún a un extraño.

—Del trabajo, lo conocí en el taller.

Estaban jugando a estudiarse, caminando sobre huevos, esperando que uno de los dos fuera el primero en aplastar alguno. El inspector sabía la verdad, pero no era el momento de sacarla.

—¿Cuándo fue la última vez que vio con vida a Jürgen?

—Ayer por la tarde. Antes de marcharnos a casa nos despedimos. Esa fue la última vez que le vi.

—No le veo demasiado angustiado, parece que la pérdida de su jefe no le ha afectado. —Intentó encontrar algún punto débil.

—Aunque usted no se lo crea estoy muy afectado por la muerte de Jürgen. Era una buena persona. Pero que no demuestre lo que tengo dentro, no quiere decir que no me apene.

El inspector no se lo creyó lo más mínimo.

—Entonces, ¿tiene usted alguna idea de quién puede haber matado a Jürgen? Si era una buena persona como dice, ¿por qué le querían muerto? —preguntó Otis, sin dejar que a su escáner no se le escapara ni un gesto del declarante.

—No tengo ni idea. Jürgen era una buena persona, no me explico cómo ha podido suceder algo tan terrible.

—¿No tiene nada más que quiera decirme al respecto? —preguntó el inspector dándole a Conrad su última oportunidad.

El declarante tragó saliva. Se sentía acorralado entre la verdad y la pared.

Hubo silencio. Los dos esperaban que el otro hiciese el siguiente movimiento. El mecánico estaba en jaque mate, pero aún ni lo sabía ni lo podía entender.

Entonces, viendo que el interrogado no movía ficha, sacó su as de

la manga.

—¿Tiene usted antecedentes?

Esa pregunta le llegó como una ducha fría. Conrad era un ingenuo al pensar que eso no iba a salir en esa conversación. Era demasiado evidente, y él lo había olvidado demasiado. Empezó a sudar, ahora sí que se sentía como un animal en una jaula.

El pasado es como un bumerán, antes o después vuelve. Si no prestas atención, se estrella en tu cara. Puedes llamarle karma, o destino si prefieres, pero en algún momento de la vida esos movimientos equivocados del pasado vuelven para desestabilizar el presente. Era lo que le pasó a Conrad, el bumerán de su pasado había llegado en el momento menos esperado. Eso es la vida, lo que siembras… al final recoges.

—No es justo que usted saque eso. Hace mucho tiempo… demasiado.

—Le he dado la oportunidad de que lo sacara, pero la ha desaprovechado. —Y sigue—: ¿Prefiere explicármelo usted?

El jefe de mecánicos se dio cuenta de la posición en la que estaba hacía ya varios minutos, en un jaque mate técnico. Se armó de valentía y empezó a hurgar en la parte más dura de su vida. No era por placer, era por supervivencia.

—Hace veinte años cometí un error y pagué por ello. Estuve seis años de mi vida recluido en la prisión de Stammheim. Fue el período más duro de mi vida. Me prometí a mí mismo que, pasase lo que pasase, no volvería a pisar una cárcel. Vejaciones, violaciones, peleas, y muchas más cosas sufrí entre esas malditas paredes. El puto infierno. Cada día te preguntabas si ese día al cabecilla le apetecía que fueras su saco de boxeo o su muñeca hinchable. ¡¿Sabe lo que quiere decir eso?! —exclamó llorando esa mole de hombre, tirando un puñetazo encima de la mesa.

El inspector no se alteró en lo más mínimo.

—Tranquilícese. Siga, por favor.

—Entonces se abrieron las puertas de ese infierno, y justo allí fuera estaba Jürgen esperándome. —Hablaba entre sollozos, secándose las lágrimas con su camiseta—. No sabía quién era, pero desde luego era un ángel. Un puto ángel que me había sacado del infierno y, sin conocerme, me dio una segunda oportunidad. Sabe, estas cosas pasan solo una vez en la vida. Desde entonces, no le he fallado nunca a Jürgen.

El inspector le acercó una caja de pañuelos que se encontraba en el cajón derecho de la mesa de su lado. Pasaron unos minutos mientras que Conrad acabase de soplarse la nariz, tranquilizarse y volver a reanudar la historia desde el punto en el que lo había dejado.

—Jürgen tenía un taller mecánico que le estaba funcionando muy bien. Necesitaba mano de obra y dio la posibilidad a una persona que no conocía de reinsertarse en la sociedad. Me enseñó un trabajo, me dio una segunda vida, alguien desconocido confío en mí sin conocer nada de mi pasado. Nunca quiso saberlo. ¿Cómo hubiera podido matar a mi ángel?

El inspector se quedó esperando, en silencio, respetando un momento tan duro como el que estaba presenciando. Se giró a la derecha, hacia el cristal como si estuviese mirando a Arnold. La expresión era clara, tenía tatuado en la frente un punto interrogante.

—Es verdad, hace veinte años me condenaron por atraco a mano armada, tráfico de drogas y escapar con un coche robado. Era joven, no sabía lo que hacía, no tenía ni idea de las consecuencias. Pero lo que sí le digo con toda mi fuerza es que no soy es un asesino.

El inspector se quedó sin palabras. Raro en él. Hubiera sacado un caramelo con palo, pero no llevaba encima. Algo no iba bien. De las personas que tenía en mente con un posible móvil para cometer el crimen, ninguna presentaba un motivo aparente. Era un problema por resolver, habría que dar unos pasos hacia atrás y retomar una nueva

vía de investigación.

—De acuerdo, Conrad, por hoy está bien. Se puede volver a su domicilio. Enviaré unos agentes a comprobar su coartada. Es un indiciado en un proceso de asesinato, ¿entiende lo que quiere decir? Necesitamos que nos informe de sus posibles movimientos.

El jefe de mecánicos se levantó sin mirarle la cara. Estaba enfadado y alterado por evocar al presente ese pasado que tapió con hormigón. Cogió la puerta y la cerró. Desapareció sin ni una palabra más, sin mirarle a los ojos, sin dar tiempo a nada más. Se dio cuenta de que el recuerdo lo tenía escondido y no lo había superado.

El inspector se quedó sentado viendo cómo salía el declarante. Igual que un perdedor. Su indiciado principal era la peor víctima del juego. El aparente jaque mate que le tenía preparado a Conrad tuvo un giro inesperado hacia él. Tenía que volver hacia atrás, necesitaba más información y precisaba entender lo que pasaba dentro y fuera de ese taller.

16

16:00, Stuttgart

Despacho Schwartz

martes, 22 de mayo de 1990

Se dividieron.

Arnold se dirigía a comprobar la coartada de Conrad. Empezaría hablando con su mujer y después seguiría algunas pistas más que debía investigar.

Otis se encontraba en frente de un edificio de cristal en pleno centro financiero de Stuttgart. El despacho del padre de Angélika estaba allí dentro, el famoso Schwartz.

La estructura de cristal daba una visión poderosa desde abajo igual que si de un castillo se tratara. Una vez dentro, la altura confería a sus huéspedes una cierta soberbia al contemplar al resto del pueblo tan pequeño. Se podía controlar qué hacía la plebe desde esa torre de cristal. Estaba empezando a crear un cierto efecto esnob en el inspector. Pero le duró muy poco, el tiempo que tardó el ascensor acristalado hasta la planta diecisiete del despacho.

Esa familia tenía que ganar muchísimo dinero. Su cuartel general ocupaba prácticamente una planta entera. Justo a la salida del ascensor, había una recepción donde una chica y un chico, impolutos y amables, atendían a los visitantes.

—¿En qué puedo ayudarla? —Se adelantó el chico, el más cercano a la puerta del ascensor.

Otis sacó de su americana la placa, la enseñó y dijo:

—Soy el inspector Hoffman. Vengo a ver Angélika Schwartz.

—La señorita Schwartz está muy ocupada, ¿tiene usted cita con ella? —contestó el chico con una mueca, como si tuviera estiércol debajo de la nariz.

—Seguro que encontrará rápidamente un momento para verme. Es sobre un asunto importante. ¿Crees que necesitaré una orden judicial,

o incluso venir con mis compañeros de Hacienda para tener un poco de atención? —dijo con cara desafiante y con todo el peso de la ley.

No pasaron ni treinta segundos y el chico ya había cambiado su actitud, acompañándolo a una sala de espera. Le acercó un café, le indicó las últimas revistas e intentó tranquilizarle diciéndole que en breve vendría la señorita.

Pocos minutos después, el chico apareció para acompañarlo. Atravesaron toda la planta. El despacho donde le estaban esperando se encontraba muy aislado. Pasó por en medio de personas con el frenesí de trabajar, encapsulados delante de su pantalla sin mirar las asombrosas vistas que tenían a su lado. El cristal de todo el perímetro dejaba ver hasta el horizonte, hasta los confines del estado federado de Baden Württemberg.

El chico se paró delante de la puerta, daba la impresión de encontrarse enfrente del despacho más importante de la planta. En la placa ponía “dirección”.

«¿Una chica de veintiséis años dirigía una empresa tan grande?» Algo no le cuadraba. Se abrió la puerta y de inmediato lo entendió.

—Pase, pase, adelante —dijo un hombre sin señales de levantarse de su trono.

El inspector empezó a caminar y a su espalda se cerró la puerta. Parecía un apartamento. A su izquierda había una mesa para unas veinte personas. A su derecha, una serie de sofás y butacas para descansar y recibir a clientes importantes. Un minibar lleno de botellas de whisky y, en el centro, una mesa repleta de periódicos. Al fondo, de frente, un escritorio minimalista, dos sillas al otro lado y un sillón colosal semejante a un trono. En su lado izquierdo, inmóvil, una chica morena, más bien baja, parecía una estatua. Otis seguía acercándose. Cuánto más se aproximaba, más se daba cuenta de que el hombre no se había levantado con respeto. Eso lo cabreaba. La reunión empezaba mal.

—Siéntese, siéntese, por favor —dice el individuo desde el alto de su butaca, señalándole con la mano derecha que se podía acomodar en

una silla.

—Buenas tardes —contesta molesto por la fría recepción.

—Soy Luther Schwartz, ella es mi hija Angélika. ¿A qué debemos su visita, inspector?

El inspector Hoffman se dio cuenta de que la hija aún no se había movido y, por supuesto, su boca permaneció cerrada. Habría apostado que, hasta que el padre no se lo indicase, ella no hablaría. Inmóvil, fría como un bloque de hielo. Se había percatado de que estaba viva solo porque parpadeaba. Estaba apoyada a la silla del padre con su mano izquierda en el respaldo igual que estaría un cuervo. Luther parecía un faraón en su pirámide. Podía imaginar que su ego tenía que ser más grande que su despacho. Era un hombre de unos sesenta años, calvo, con unas ridículas gafas redondas del diámetro de una moneda. Un botón de la camisa a la altura del pecho se encontraba desabrochado. Por la fisura entraba su mano derecha. «A lo mejor no es un faraón, es más una reencarnación de Napoleón».

—He venido a hablar con su hija. Referente a la muerte de Jürgen Nebe ayer por la noche.

—Uy, sí, lo he leído esta mañana en el periódico. Una desgracia la verdad —dijo el empresario con un falso interés—. ¿Y qué tiene que ver mi hija con esto?

—¿Dónde se encontraba ayer por la tarde?

—Mi hija no tiene nada que ver con ese terrible suceso.

—¿Me permite que se lo pregunte yo? —dice dirigiéndose al hombre, y acto seguido mira a su hija—. Hola, Angélica, necesitaría saber dónde te encontrabas ayer por la tarde.

De golpe el ambiente se encendió. En ese instante, la energía que transmitían esos dos no le gustaba al inspector.

—Me encontraba en casa de Bruno Malatesta.

«¿Por qué dijo el nombre y apellido y no un calificativo como “mi novio”?» se preguntó.

—De acuerdo, gracias, ¿tiene algo que pueda justificar que estaban juntos? ¿Alguien que los haya visto?

—Diría que no. Cuando nos vemos estamos solos en casa y su edificio no tiene portero.

—¿Qué relación hay entre usted y el señor Malatesta?

Ángela se pone roja, antes de responder mira a su padre, pero este estaba pasivo.

—Digamos que somos novios —contesta la chica a regañadientes.

Otis se levanta y saca de su americana una Polaroid. En ella había una instantánea reciente de Jürgen. Se la pasa a Angélika y le pregunta:

—¿Reconoce a esta persona?

La chica aferra con la mano derecha la base blanca y la observa compungida.

—Creo que…

—¡Mi hija no conoce a este señor! —Esputa, mientras arranca la foto a la muchacha con su mano izquierda. La devuelve al policía y continúa—: Señor inspector, si usted ha acabado, nosotros tenemos mucho trabajo. Nuestra empresa es un holding y es dueña de varios inmuebles en la ciudad. Soy uno de los más grandes mecenas del Estado y donante de organizaciones sociales. Intentamos mejorar la sociedad en la que vivimos. Procuramos colaborar en todo aquello para lo que nos llaman y esta situación no será menos, pero tenemos mucho trabajo y, si no le sabe mal, nuestra conversación se acaba aquí.

Introduce la polaroid en su americana. Pocas veces el inspector se había visto cortado tan tajantemente en un interrogatorio. Se sintió ofendido, despreciado. El señor Luther Schwartz parecía una persona muy segura de sí misma, incluso repelente. El despacho faraónico que tenía seguramente daba mucha información sobre la personalidad de ese hombre. Pero también era verdad que no tenía más preguntas para la hija.

A punto de marcharse, Luther se desliza de su sillón y se acerca al policía para estrecharle la mano y acompañarle hasta la puerta. Un gesto sorprendente. El inspector piensa que es para compensar el corte tan neto de la conversación. Cuando le tiene al lado, justo antes de salir, se da cuenta de que se parece más a Napoleón de lo que creía.

Una vez ha salido, se percata de que el chico de la recepción no está allí esperándole. Aprovecha la oportunidad. Se queda en silencio y desde el otro lado de la puerta oye: «Te dije que ese chico italiano no nos traería nada bueno».

Y cuando parecía que la conversación se ponía interesante, detrás de él alguien carraspea la voz. Era el chico de la recepción, lo ha sorprendido escuchando a través de la puerta.

17

16:30, Madrid

Tren Ave, Madrid-Málaga

miércoles, 14 de abril de 2019

El sol le calentaba la cara.

El Bruno adulto procedía del hospital madrileño, hacia su residencia en la costa mediterránea. El tren cambió de orientación. Pocos instantes antes conseguía mirar el paisaje con los ojos abiertos, en la sombra. Ahora, los párpados se le cerraban por la fuerza de los rayos del sol de mediodía. Deslumbrado, con los ojos entreabiertos, intentaba seguir viendo el paisaje. Sin embargo, sus recuerdos le abrumaban. Brotaba en él una vieja emoción ya olvidada, una que el instinto de supervivencia le hizo enterrar. Cegado por tanta luz en su cara, percibía que se estaba abriendo la tapa de sus recuerdos. La misma que tuvo que sellar a presión después de ese verano en Stuttgart.

Entonces empezó una competición dentro de él para ver qué recuerdo dolía más. Se sentía flagelado y atravesado por las memorias, como si fueran flechas, o incluso lanzas que atravesaban sus pulmones dejándole sin respiración. La muerte de Jürgen era una de estas. Luego, de igual manera, otra que representaba a Jesús. Y si no hubiese sido suficiente, había un tercer objeto en su cuerpo, olvidado, el que le provocaba más daño, una flecha directa al corazón… y esta se llamaba Angélika.

El pitido de un teléfono móvil interrumpe el silencio del vagón. Bruno sigue inmerso en sus recuerdos. Nada le distrae, hacía tanto tiempo que no despertaba esos momentos que le parecía que estaba volviéndolos a vivir.

Angélika… Había sido su primer amor y el más potente hasta la fecha. La recordaba menos veces de las que hubiera querido, pero, por

su bien, era mejor así. Si se parara a analizarlo, se daría cuenta de que aún no lo había superado al cabo de tantos años. Eso implicaba que no abría del todo las puertas para que entrase otro amor en su corazón. Pero en parte tenía razón, el primer amor siempre es el más fuerte, te parece que eso lo es todo en tu vida, y sin eso tu vida no puede seguir. Angélika era maravillosa, cualquier chico de su edad se hubiera enamorado perdidamente. La soledad de Bruno en aquella ciudad nueva y las necesidades de compañía hicieron lo demás. Fue una bomba a relojería que explotó en su corazón y trozos de la metralla seguían clavados dentro.

* * *

Costiera Amalfitana
sábado, 24 de julio de 1989

El aire estaba cargado de salitre.

En aquella época el joven Bruno era un amante inexperto, actuaba por instinto, no por experiencia.

El Alfa Romeo Spider Osso di Seppia de los años setenta que el padre de Angélika le había dejado era de ensueño, todo lo era. Quién le hubiera dicho a un joven mecánico refugiado en Stuttgart, llegado con una mano delante y otra detrás, que estaría viviendo ese viaje de ensueño, al más puro estilo Dustin Hoffman en “El Graduado”. Hacía poco que conocía a Angélika, pero el amor había arrasado con cualquier tipo de sensatez y cánones de tiempo.

El amor a veces es así, irrumpe en tu vida como un elefante en una

tienda de cristal. Destroza todo lo que tenías en orden, con la misma fuerza, dejando boca arriba tus planes y tus ideas. Cuando se es joven se ama desde la pasión, y eso es lo que tiene vivir el ahora sin pensar lo que podría pasar en el futuro.

Decidieron irse unos días de vacaciones por la costa amalfitana. Bruno tenía un viejo Fiat destartalado, se podía averiar a mitad del camino, a la altura de Bolonia. El padre, uno de los hombres más ricos de la ciudad, decidió dejar a su hija uno de sus coches de colección más "normalitos", pero más adecuados para el viaje que iban a hacer: Stuttgart-Sorrento.

Bruno se sentía millonario. Conducir por esas calles estrechas que costeaban el mar no había cabido en sus mejores sueños. El amor de su vida sentado en el asiento del copiloto, con unas grandes gafas negras y un pañuelo que le recogía su reluciente pelo moreno. Le deslumbraba el sol de esa tierra reflejado en la sonrisa de ella. Nunca había probado tanto gozo como en esos días. El sonido del Alfa Romeo retumbaba en las paredes de roca excavadas para crear una carretera, aun así, estrecha. El enorme volante de madera giraba para esquivar Vespas y coches que venían de frente. La dificultad de la conducción hacía aún más bonita esa aventura. A la derecha, como en el fondo, estaba ese mar turquesa que los esperaba. Toda la costa estaba hecha de casas a pico sobre el mar, construidas hábilmente por manos de pescadores. El clarísimo cielo de agosto se juntaba en el horizonte con uno de los mares más bonitos que nunca hubiera visto.

El hotel era modesto, carísimo para sus bolsillos, ridículo para los de su amada. Era el más económico de toda la costa. Sin embargo, la habitación que habían elegido tenía un pequeño balcón cubierto a trescientos metros sobre el mar. Un enorme arco blanco enmarcaba esa postal de ensueño. Al llegar, los estaba esperando una botella de espumante fresquito y dos copas para celebrarlo. Bruno se adaptó rápidamente a esa vida. Al dejar las maletas en la habitación, una nota encima de la cama decía:

La vita é bella, ma é meglio la bella vita.

Que traducido vendría a ser algo como: La vida es bella, pero es mejor la buena vida.

De día solían ir a un viejo muelle de pescadores, donde un restaurante alquilaba tumbonas en medio de las rocas más vírgenes de la costa. Se quedaban todo el rato juntos, lo más cerca posible, ella con su paloma leyendo algún libro romántico y él, blanco como una mozzarella, poniéndose crema y estudiando revistas de coches.

Un día vivieron el momento más bonito del viaje. Se habían quedado en el restaurante a comer. Ella pidió unos espaguetis con almejas, perejil y ajo y Bruno unos Paccheri alla scoglio, con frutos del mar y tomate. La comida venía acompañada con dos cócteles bomba, autóctonos y traicioneros, los llamaban "La Bomba Amalfitana". Se parecía a un spritz, pero con limoncello y algún otro elemento sorpresa. Era dulce y pasaba como el agua.

Con el calor de todo un día de sol, se tomaron varios de esos cócteles. La subida hacia el hotel nunca les costó tanto. Durante la recta, la hacían a forma de "S". Desde que se conocían jamás se habían embriagado tanto. Embriagados de limoncello, pero también de amor. Emborrachados de vida, que querían quemar en cuanto llegasen a la habitación. La pasión y las ganas de hacer el amor los llevaron casi a correr hasta el alojamiento. Abrieron la puerta, ella lo empuja con todas sus fuerzas encima de la cama, tirándose encima como un felino desbocado. Los pocos trapos que tenían para ir a la playa desaparecieron rápidamente. A ella le encantaban los preliminares.

Bruno abre el congelador de la nevera y deja descongelar varios cubitos de hielo por todas las curvas de ella. Cuando ya no podían más, empezaron a abrazarse y a consumir el placer el uno del otro. El alcohol y la pasión hicieron el resto. Ese revolcón fue el más brutal e

intenso que tuvieron nunca. Una vez terminaron, con los cuerpos sudados, después de dos orgasmos sincronizados, se dieron cuenta de cuánto amor se tenían. Nunca se habrían dejado, porque estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, eran jóvenes, disfrutaban de sus primeras experiencias y aún no sabían qué significaba la frase "para toda la vida". Desarmados ante la ilusión, sin la coraza de la experiencia.

Disfrutaron de ese verano como nunca se hubieran imaginado. Gozaron del baile encima del tocadiscos del amor.

* * *

Recibió un codazo.

De repente, se volvió a encontrar en el vagón silencioso. La Costa Amalfitana quedaba lejos, hasta en los recuerdos. El señor de al lado le volvió a arrastrar a ese tren. Bruno levanta la cabeza y le mira con cara casi enfadada por haberle raptado de ese recuerdo tan extraordinario. El individuo, sin decir ni una palabra, le señala con su mano colocada a la altura de la oreja que tenía que contestar al teléfono. Y con la otra, el índice delante de la boca y de la nariz, recordándole que se encontraba en un espacio silencioso.

En ese momento se da cuenta de que era su móvil el que sonaba. Lo saca rápidamente, aprieta un botón para que deje de emitir sonidos y se dirige fuera del vagón.

—Dime Pedro.

—¿Cómo estás? ¿Te he llamado varias veces? Ya estaba preocupado.

—Bueno… no es fácil. —Y se queda en silencio.

—De acuerdo, luego me explicas si te apetece.

—Claro, en breve nos vemos.

—¡Oye! Por cierto, ¿esperabas a alguien?

Bruno se queda un momento en silencio, repasando si olvidó avisar alguna visita y contesta:

—No, ¿por qué?

—Hay un chico que pregunta por ti. Viene de lejos, le he dicho que no estabas y aun así está aquí esperándote hasta que vuelvas. Es como si tuviera mucho interés en conocerte.

El sol le calentaba la cara. El viaje continuaba.

Volvió a sumergirse en aquellos recuerdos dolorosos, en la mirada de Angélika frente al mar de la costa Amalfitana, en los maravillosos días que pasaron juntos aquel verano. Y las emociones volvieron a bombardear su corazón con la metralla de ese amor de juventud.

12:00, Stuttgart

Apartamento de Bruno

jueves, 24 de mayo de 1990

En ocasiones contadas la chica enseñaba sus estados de ánimo. El ambiente del apartamento se encontraba enrarecido.

—¡Me has hecho pasar mucha vergüenza! —dijo Angélica.

—Lo siento, mi amor, no sabes cuánto lamentó esta situación, y que por supuesto tú tengas pasar por ella —replicó el italiano acariciándole el rostro.

No estaba enfadada, era consciente de que era un amor apuntalado por la pasión. Las grandes diferencias sociales y culturales entre ellos lo hacían difícil. Pero el amor es el pegamento perfecto. Nunca le había hecho gracia a su padre. Que una chica tan hermosa y de una de las familias más ricas y mejor posicionadas de la ciudad se juntara con un vulgar mecánico era inaudito. Él no lo aprobaba, pero tampoco nunca se lo dijo. Su madre, mucho más sensata, le cubría las espaldas y dejaba que la vida tuviese su camino. «El tiempo pondrá todo en su lugar», decía a su marido.

La policía, entrando en el despacho Schwartz, había creado una sutil fisura entre padre e hija. Pero era necesario que alguien de los dos se diera cuenta de muchas cosas, y ser consecuentes con muchas otras.

—Hey, mírame, por favor. —Llama la atención de su amada y le levanta el rostro elevándolo desde la barbilla—. ¡Te quiero! Te amo desde lo más profundo de mi corazón. ¿Crees que haría algo que te hiciese daño o para hacerte pasar vergüenza? ¡Jamás!

Las palabras del italiano provocan una risa forzada casi falsa. Su corazón era sincero, lo amaba, pero la palanca paterna casi era más fuerte.

—Lo sé, cariño, me lo demuestras cada día, yo también te quiero…

—Hace una pausa, como si quisiera sincerarse, pero viene interrumpida por su amado y lo agradece, no es el momento.

—¡Tengo una idea! ¿Qué te parece si una vez que haya pasado todo esto nos tomamos un par de días para nosotros? —Intenta compensarlo.

—Bueno, ya veremos, de momento hoy tenemos algo más importante. —La chica vuelve a levantar la mirada hasta la corbata negra que llevaba puesta él y sutilmente se la arregla con las dos manos—. Hoy es un día difícil para ti, va a ser muy duro y tienes que procurar superarlo. Por eso estoy aquí, estoy a tu lado para todo lo que necesites.

Se miraron hasta lo más profundo de sus retinas, de una forma intensa, como si fueran cómplices del propio destino y de su amor. Juntaron sus labios para confirmar todo lo que acababan de decirse. Se abrazaron. Salieron del apartamento para dirigirse al funeral de la esperanza, de la persona que les había entregado una oportunidad. El funeral de Jürgen no era el final de una etapa de su vida, sino que el principio de una nueva. Pero todo esto Bruno aún no lo sabía y antes tenían que pasar muchas más cosas.

19

13:30, Stuttgart
Iglesia San Juan - Johanneskirche
jueves, 24 de mayo de 1990

La vida se puede resumir en cuántas personas vienen a tu funeral. Da igual los contactos en nuestros teléfonos móviles, ni los regalos que recibimos en Navidades. Al final, lo que realmente cuenta son las personas que te acompañan en tu último viaje hasta el cementerio. Tantas décadas de vida en una hora de misa. En eso se quedaba todo, en los momentos donde los vivos se despiden de los muertos y las almas se desprenden de sus cuerpos.

El funeral de Jürgen estaba siendo multitudinario. Contra todo pronóstico, media ciudad de Stuttgart se volcó en la Iglesia. Parecía una lata de sardinas, no hubiera cabido ni un alma más. Julia se sorprendió gratamente. Nunca acabó de entender el trabajo de su marido. Ahora viuda, sentada en el primer banquillo de la Iglesia, se daba cuenta de cuánto lo habían querido. Su amor, el de toda una vida. No se explicaba cómo podía haber sucedido, la policía no daba detalles, solo reconoció el cadáver por medio de una pantalla en blanco y negro en el depósito. En los últimos momentos con su Jürgen, no estaba pensando en su muerte, sino en cómo vivieron y qué intensa había sido la vida con él.

Al lado, cogiéndole la mano estaba su hermana, al no tener hijos

era lo único que le quedaba. Detrás, en segunda fila, Zelig, el socio. En tercera fila Bruno con Angélika. Por el otro lado parientes y amigos. A mitad de la Iglesia se encontraba Conrad con los otros mecánicos del taller.

Jürgen era una persona querida en la comunidad. Los sesenta minutos de la misa pasaron lentos entre sollozos y llantos. La conmoción de todos los asistentes se derrumbó con las palabras de su hermana.

Recibió la bendición del obispo y los hombres qué más le querían lo llevaron a hombros hasta el coche fúnebre.

Bruno se dirige hacia Julia. La había visto solo una vez antes de ese día, le dio su más profundo pésame. Ella se acordaba del italiano, pero no era el lugar para hablar, únicamente necesitaba agradecer su presencia en un momento tan duro. Siguió su camino, desapareció por la puerta de la Iglesia siguiendo su media naranja, engullida por la gente.

Bruno notó algo, se gira hacia Ángelika y le dice:

—¿Qué buscas?

—Me ha parecido ver a alguien familiar en el fondo de la Iglesia. —Se queda en silencio unos segundos y sigue intentando borrar lo que acababa de decir— …Nada cariño, nada. Me habré equivocado.

Angélika tenía en la nuca una energía extraña, no podía explicárselo. Al final de la misa, cuando todo el mundo ya se iba, se giró hasta el fondo y vio a alguien que creía conocer saliendo por la puerta. Pero no quería escuchar su instinto, prefería ignorarlo.

La multitud encabezada por su viuda empezó a recorrer el escaso kilómetro hasta el cementerio, en un solemne silencio que solo venía roto por el ruido de los pasos que parecía una “marcha sobre Roma”.

Cuando todos se apresuraban para ir detrás del féretro, apareció el inspector. Como un espectro que se había quedado escondido hasta el momento propicio. De una forma muy sutil y discreta, llamó a un lado

a Zelig, el socio, y a Bruno. Parecía que necesitaba comentar algo importante.

Una vez que el inspector se sentía seguro de que nadie le iba a escuchar, dijo:

—Señores, les pido disculpas por molestarles en un día tan delicado de su vida. —Otis demostraba una falsa empatía. Desde luego no era el momento para eso, aun así, lo iba a decir de todos modos—. Voy a compartir con ustedes los resultados de la autopsia, pero confío en su buen juicio de no divulgarlo a nadie. ¿Tengo su compromiso?

Los dos oyentes asintieron con la cabeza, en parte ansiosos para saber el resultado.

—Está confirmado, no ha sido un accidente. Sospechamos que un asesinato. En el cuerpo de Jürgen se han encontrado unas heridas que suponemos previas al aplastamiento del coche.

—¿Cómo dice? No puede ser, pero ¿cómo lo han matado? —replicó el socio con los ojos desorbitados, saliendo de su interior una rabia incontrolable alimentada por el dolor del funeral.

El italiano se quedó callado, sin palabras, perdido, superado por la situación.

—Estamos investigando, pero nuestros principales sospechosos tienen una coartada de hierro. Por eso les he llamado, porque necesito de su ayuda. Realmente no sabemos por dónde tirar, y se lo digo muy en serio, en cuarenta años de mi profesión creo que es la primera vez que pido ayuda de fuera —dijo el investigador avergonzándose de lo que estaba diciendo.

—Inspector, puede contar con nosotros —contestó con profundo odio e ira—. ¿Verdad, Bruno?

—Claro, claro, por supuesto, lo que haga falta por Jürgen —replica distraído, pensando en quién podía haberlo matado. Y concluye con rabia—: Sea quien sea tendrá que pagar por esto, y nosotros vamos a ayudarle en todo lo que podamos.

—Necesitaría que nos pudiéramos reunir en mi despacho el lunes por

la mañana. Les dejaré estos tres días de fin de semana para que digieran la situación y piensen. Todo detalle, repito, todo detalle nos puede ser de ayuda para encontrar al o… los culpables. ¡Todo! Por tonto que sea.

—Tiene razón, inspector, cuente en que iremos a ayudarle el lunes en lo que le haga falta. Yo he estado pensando en estas últimas horas en varios escenarios…

El socio siguió hablando, pero Bruno se volvió a distraer, dejó de escucharle como cuando vas a apagar una radio y vas bajando el volumen poco a poco. Sin darte cuenta, el sonido ambiente desaparece y te quedas sumergido en tus ideas, recuerdos, frustraciones. El italiano se aisló del mundo conscientemente, pero, de forma involuntaria, su cerebro absorbió lo que decía el socio. Esta información estaba siendo guardada en un cajón, sin nombre y sin tiempo.

—Creo que es una muy buena línea de investigación. A mí también me dejó una mala impresión. Pero si os parece lo acabamos de concretar el lunes.

—¿De acuerdo, Bruno? ¿Bruno? ¿Me estás escuchando?

—¿Cómo? —contestó aterrizando, despertado de sus pensamientos por el socio.

—Decía que el lunes por la mañana estaremos en su despacho, ¿verdad?

—Os lo agradezco, no me gusta para nada encontrarme en un callejón sin salida en una investigación de asesinato de una persona tan conocida.

Bruno no había entendido exactamente qué se esperaba de él, pero tenía el fin de semana para reflexionar. Tampoco sabía en qué. Se sentía pequeño, esa situación lo superaba con creces. Pero si era para Jürgen, haría hecho todo lo que hiciese falta.

Los tres se despidieron. El policía desapareció en la dirección contraria al féretro. El socio apresuró el paso para retomar la posición

inicial, quería estar cerca de la familia y de su buen amigo. Angélika esperaba a unos veinte metros de distancia para dejar la intimidad que necesitaba su novio. Este fue hacia ella, separó su brazo izquierdo, se cogieron del bracete y se juntaron a la cola multitudinaria detrás del carro fúnebre.

20

15:00, Stuttgart

Apartamento de Bruno

jueves, 24 de mayo de 1990

Habían llegado a casa hambrientos.

El funeral fue denso en emociones y se alargó más de lo que pensaban. Consistía en un paso más, en la dirección para superar el enorme escollo que se plantó en medio del camino. Nadie había dicho que iba a ser fácil, pero sí necesario. La vida del socio, de la viuda, de los mecánicos y de todas las personas que crearon la cola multitudinaria detrás del féretro tenía que seguir.

—Tengo muchísima hambre —dijo Angélika en el ascensor.

—Ahora llegamos y te hago algo para comer. Yo también estoy hambriento.

—¿Sabes? Me apetecería un plato de esa pasta maravillosa qué haces con tanto amor —dijo sonriéndole mientras acariciaba su rostro.

En cuanto entraron por la puerta, lo primero que hicieron fue cambiarse. Se quitaron los atuendos necesarios para la ceremonia y se vistieron cómodos.

Bruno se puso enseguida en la cocina. Sacó la olla para poner el agua hervir y echó la sal. En otro fuego, puso la sartén para la salsa. Angélika era una enamorada de sus espaguetis con ajo, aceite, guindilla y anchoas. La famosa receta de la Mamma Malatesta: Spaghetti aglio, olio, peperoncino + (Plus). El plus representaba una modificación de la receta original. Su madre había añadido un toque salado y de pescado a la versión tradicional. Bruno y Angélica se volvían locos con esa receta.

—Cariño, ¿me quieres más a mí o a mis espaguetis? —dijo Bruno desde la cocina con un vaso de vino tinto en la mano, buscando una pizca de normalidad.

—¿Cuántas veces te tengo que repetir que no me hagas elegir entre

esas dos cosas? —contestó desde el sofá mientras disfrutaba viendo a su novio cocinar.

Bruno hacía una perfecta interpretación de la receta materna. Primero añadía a la paella el aceite extra virgen de oliva siciliano que su madre le enviaba periódicamente. Acto seguido, las láminas de ajo y las guindillas. Una vez dorado el ojo lo quitaba junto a las guindillas. Cuando la pasta estaba casi cocida, añadía las anchoas a trocitos. Estas, rigurosamente del Cantábrico, las chafaba directamente en la sartén con el aceite caliente. Los espaguetis de Grañano, Napoli, también se los enviaba su madre. Una vez cocida la pasta "al dente", la escurría y la añadía a la sartén junto a varias cucharadas de agua de la cocción. Removiendo en la misma, salían unos espaguetis rápidos, sabrosos y lo más importante, con esa receta había conquistado la gula de su novia.

—Mmmm. ¡Me encantan! Tus besos, tus espaguetis y un vaso de vino tinto. ¡La comida perfecta! —dijo la chica con la boca llena disfrutando del momento.

Para Bruno no era el día perfecto, ni muchísimo menos. Sin embargo, aquello le estaba haciendo sobrellevar las asperezas del día. Le encantaba ver cómo disfrutaba comiendo. Era un alivio que Angélika estuviese en su vida compensando a la soledad alemana.

Acabados los espaguetis, pasaron al postre. Eran jóvenes, las hormonas les salían por las orejas. Fueron a tomarlo en la cama, donde podían degustarse uno al otro en una cata de sus propios cuerpos. Eran apasionados, sobre todo ella, para ser alemana tenía la sangre caliente, casi como una andaluza. A Bruno no le dio tiempo ni de quitar los platos de la mesa. Se le tiró encima, como si la anchoa de los espaguetis hubiese tenido un efecto secundario afrodisiaco.

El sexo era un buen remedio para ese momento, pero no dejaba de ser una tirita para curar una pierna rota. Ese luto prometía ser largo y espeso.

Los dos cuerpos paralelos seguían en la cama, desnudos. Fijaban

sus ojos en el techo como si sus miradas pudiesen llegar hasta la azotea para observar el cielo, el infinito, el futuro. Pasaron varios minutos y la respiración se había tranquilizado. Era el momento adecuado para que ella hiciese su propuesta, para sacar el tema que con tanto esfuerzo había guardado durante dos días.

—¡Tengo una idea! —dijo girándose y apoyando la barbilla en la mata de vello del pecho de Bruno—. Llevo días pensando en una propuesta que quiero hacerte.

Los ojos de ella se iluminaron, estaba radiante, consideraba que era el momento perfecto. Se conocían desde hacía pocos años, pero sentía que era desde siempre.

—¿Qué te parece si vamos a vivir juntos en la casa de nuestros sueños…? ¿En el barrio de Killsbergs?

La efusiva emoción que la chica transmitía chocaba con el sentimiento interno de él. Lo pilló desprevenido, creía que no era el momento, aunque ya no sabía que era bueno o malo, se encontraba perdido, desorientado. Su interior le decía que no hiciera nada, menos aún tomar decisiones importantes. Pero Angélika era su único punto de apoyo, su aislante en ese frío país. Era la alternativa a la soledad. Después de la pérdida de Jürgen, solo le quedaba ella. Tenía que estar atento a lo que le iba a contestar. Se lo pensó… y lo volvió a pensar. Ella esperaba, los instantes se le hicieron minutos.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta la idea? —insistió casi decepcionada por la falta de respuesta de su compañero de vida.

—Cariño, me encantaría, pero cómo podemos hacer frente a los pagos, estoy sin sueldo. Lo más probable es que se cierre el taller —contestó con sutileza, excusándose y escudándose detrás de eso—. En mis sueños está vivir contigo y no en un lugar como este, ¡creo que te mereces mucho más que esto! —exclamó indicando su humilde casa.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que vivamos en este apartamento? Pero ¿te gustaría que viviéramos juntos? —replicó de nuevo ilusionada, sentándose en la cama, enseñando sus esbeltos pechos.

—¡Claro que quiero vivir contigo, pero estoy sin trabajo, ¿qué clase

de compañero sería? ¡Soy un desocupado! —dijo incorporándose también en la cama.

—Escúchame, me imagino cómo te sientes, más aún en el día de hoy con todo lo que ha sucedido. Pero esto puede que haya sido una señal para que cambiemos cosas de nuestra vida —dijo la chica convencida y con su visión ingenua e infantil.

Bruno empezaba a extrañarse de lo que le estaba diciendo. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que esa era la verdadera naturaleza de su novia.

—Puedo hablar con mi padre y seguro que en nuestra empresa tiene un lugar adecuado para ti. ¡Confío en que sí! Él siempre tiene una buena idea o solución a las cosas. ¡Sí, hablaré con él! Cariño, no te preocupes por eso, encontraremos la manera. —Seguía segura e ilusionada, fantaseando en su mundo—. Además, él nos ayudará para comprar nuestra casa, acaba de hacer un montón de dinero con la venta de vuestro terreno.

Angélika se calló de golpe, se dio cuenta de que había hablado demasiado. Ese detalle no tenía que habérselo comentado en ese momento. Sin embargo, su juventud, su entusiasmo y sus ganas… la traicionaron.

—¿De qué terreno me hablas? —preguntó sorprendido.

La chica tragó saliva, se armó de valor y siguió:

—El del taller. La empresa familiar estaba teniendo problemas económicos. Mi padre ha vendido el solar completo donde está vuestro taller a un fondo chino. Ha hecho fortuna, puede darte trabajo y nos comprará la casa de nuestros sueños. La que tanto habíamos soñado, la que tantas veces habíamos ido a ver. ¡No te preocupes por nada, cariño, ya verás cómo todo irá bien! —concluyó la chica sonriéndole e intentando cruzarle la vista.

Bruno no se lo podía creer. Necesitaba algo de tiempo para asimilar lo que le acababa de decir. Se sentó en un borde de la cama con los pies en el suelo de espaldas a su chica. Seguía sudado. Su cabeza empezó a

centrifugar ideas y comenzó a atar cables. Todo era insensato, increíble para pensar que eso fuera cierto. Pero cuántas más vueltas le daba, más nitidez adquiría esa idea.

—¡Hay algo más! —dijo la chica a las espaldas del italiano.

17:00, Stuttgart

Apartamento de Bruno

jueves, 24 *de mayo de 19*90

El italiano pensaba que su vida se había puesto cuesta arriba. Cuando crees que todo está perdido, justo en ese preciso momento, es cuando la tierra bajo tus pies se derrumba y el camino se pone empinado. Cuando la subida no puede elevarse más, justo allí se endurece. Aún no era consciente de lo que iba justo a suceder, pero formaba parte de un plan para que creciera y tomara las decisiones correctas sobre su futuro. Acababa de empezar la ascensión al Tourmalet de su vida.

Bruno seguía sentado en la orilla de la cama. Ideas complotistas le atosigaban la mente. No podía dar crédito, ni a lo que oyó, ni a las consecuencias que se imaginaba. Aún que no había acabado, había más. Su novia estaba a punto de dejar caer otra bomba.

—¡Hay algo más! —dijo la chica a las espaldas del italiano—. A mis padres les gustaría conocerte.

Ni siquiera había entrado en el lavabo y seguían llegando las duchas frías.

—¿Yo? ¿Cuándo? —preguntó el italiano girándose y viendo en toda su hermosura a la chica.

—Mi familia dará este fin de semana una fiesta de cumpleaños en honor a los sesenta años de mi padre. Te han invitado a la celebración del sábado y a pasar el fin de semana. ¡Es excepcional! —concluyó efusiva—. Mis padres nunca han querido conocer a mis novios, y menos durante una fiesta por todo lo alto.

Bruno no quería ir, ni tampoco conocer a sus padres. Demasiadas emociones y sucesos en la misma semana. Estaba empachado emocionalmente.

—¡Por favor, por favor, te lo pido por favor! ¡Ven, por favor, ven, ven! —La chica a gatas se acerca a él y empieza a besarlo en la cara para forzar la respuesta del italiano—. Por favor, ven, te lo suplicó, es nuestra gran oportunidad.

—Está bien… iré —dijo el chico a regañadientes.

—¡SÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍ! —gritó levantando los brazos en signo de victoria. Y siguió dándole besos mientras le decía—: Te quiero, te quiero, te quiero. Te adoro.

La conversación continuó, entrando en detalles de lo que tenía que hacer, dónde ir y, sobre todo, qué poner en la maleta para esa gran ocasión.

Al rato, la chica se volvió a vestir con la ropa de la mañana y se fue del piso de su novio. Estaba contenta, feliz porque había conseguido convencer a su chico para que fuese a conocer a sus padres. Se olvidó de un detalle, le había soltado una bomba. Su juventud le jugó una mala pasada. Pero de eso ya no se acordaba. Su novio iba a conocer a sus padres para empezar una nueva etapa de sus vidas juntos y, muy probablemente, en la casa de sus sueños.

Bruno se quedó recogiendo la mesa y la cocina. Después, se dio una fría y larga ducha. Necesitaba pensar, reordenar ideas. Desde que se había marchado Angélika todo se estaba poniendo más oscuro de lo que al principio le parecía.

«¿Dónde te has metido? No puedo creer que le hayas dicho que sí. ¡Vaccaboia!»

Las dos vocecitas que tenía Bruno lo martirizaban. La más fuerte e insistente le estaba dando una paliza por haber aceptado la propuesta de Angélika. La otra, más sensata, iba cobrando fuerza. Analizaba que podía ser una buena oportunidad para investigar, para conocer el padre, el que resultaba ser el dueño del solar del taller. De un problema, se había convertido en una grandísima oportunidad. La idea que todo eso tuviese una relación empezaba a germinar en su cabeza.

El lunes tenía la reunión con el socio y con el inspector. Estaban en

un callejón sin salida. Eran las únicas personas que disponían de las llaves del taller y de coartada. Esa noticia, que habría un nuevo horizonte, debía ser investigada. No podía ser el azar, tenía que ser un mensaje, un hilo del que tirar e ir el lunes con algo nuevo. Sin la pretensión de ser ningún sabueso, pero sí de una persona agradecida a su mentor.

Empezó a preparar el equipaje, a introducir ropa y objetos hasta que se dio cuenta que la maleta era demasiado pequeña. La cambió por una más adecuada para un viaje de una semana. Estaba llena de objetos y prendas que respondían al: «esto… ¿y si…?» y al «esto… por si acaso».

Sacó la americana de las grandes ocasiones, la que había comprado en Roma en Spada. Una agenda, ropa interior limpia, un bañador, un metro, cepillo y pasta de dientes, una libreta y varios bolígrafos, una máquina fotográfica y una grabadora, gafas de sol y un ridículo sombrero del inspector Gadget que tenía de cuando era pequeño.

«Efectivamente, parece que me vaya por una semana. Ahora solo falta conseguir dormir esta noche y renovar fuerzas. Porque mañana va a ser un día importante.»

Le costó coger el sueño esa noche. Se despertó muchísimas veces. Sus recuerdos, miedos y presagios no lo dejaban descansar. Era consciente de que su vida había cambiado y, sobre todo, en los siguientes días lo iba a hacer aún más. Necesitaba dormirse para que llegase el viernes y, con él, acceder a la mansión Schwartz. Allí empezaría a tener respuestas.

17:00, Stuttgart

Mansión Schwartz

viernes, 25 de mayo de 1990

El modesto Fiat estaba entrando en la propiedad.

La enorme puerta automática se abrió a distancia, una vez que Bruno se hubo identificado. El camino que llevaba hasta la mansión era de piedras blancas. Los estrechos neumáticos creaban un ruido peculiar con su rodamiento. Los pequeños pedruscos salpicaban el guardabarros produciendo una molesta música de acompañamiento. En los bordes, dos filas paralelas de árboles indicaban la dirección hasta el edificio principal. Este se encontraba tapado por la vegetación debido a una ligera curva a la derecha. Hacía tiempo que Bruno no veía una entrada tan majestuosa. Lo fue recorriendo hasta que la fila de árboles se acabó y apareció en toda su magnitud la famosa mansión Schwartz.

Era un edificio oscuro, casi tétrico; si no tuviera ese compromiso con su novia, jamás habría entrado allí dentro. Era una mansión antigua, por lo menos de varios siglos de antigüedad. La fachada estaba compuesta de ladrillos de color crema y marrones. La cubierta, muy pronunciada debido al peso de la nieve en invierno, era marrón oscuro. El edificio constaba de planta baja, donde había una gigantesca puerta de entrada, más dos pisos y la buhardilla. En el lado izquierdo se erguía una torre de base redonda, más alta que la estructura central. Daba la impresión de ser un castillo rehabilitado. Daba la impresión de que el dueño tenía que ser un ególatra.

En cuanto Bruno aparca con el pequeño coche delante de la puerta principal, salen raudas dos personas del servicio para darle la bienvenida y recogerle el equipaje. Uno de ellos, le coge las llaves y le aparca el vehículo en un porche abierto a la izquierda del edificio. El italiano espera hasta que ve dónde dejan su coche, no por

desconfianza, sino por tener siempre localizado su medio de transporte. Lo habían aparcado al lado del Mercedes del dueño, del Audi de Angélika y de un todoterreno blanco.

—¿Quiere seguirme? —le pregunta la otra persona del servicio—. La señorita Angélika le está esperando en la sala de té.

Bruno lo sigue y se pregunta: «¿Angélika anda por aquí y no ha venido a recibirme…? ¡Qué raro!».

La Supuesta sala de té era una enorme habitación repleta de muebles estilo Versalles y las paredes tapizadas de cuadros, la mayoría retratando a hombres a caballo con marcos dorados.

En el centro de la habitación se encontraba una mesa con varias sillas. De frente estaba sentada Angélika y de espaldas una mujer rubia que, en cuanto lo oyeron entrar, se levantaron.

—Bienvenido, bienvenido a nuestra casa, Bruno —dijo la madre una vez se giró para observarlo—. Déjame ver, caray… ahora entiendo por qué Angélika se ha enamorado tanto.

La señora quedó sorprendida por las facciones mediterráneas tan marcadas que Bruno tenía en su rostro. Angélika le saltó al cuello, pero avergonzada por la presencia de su madre le dio un largo beso en la mejilla. El italiano, rojo como un tomate de Sicilia, no sabía qué decir.

—Hoo… hooo… hola, buenas tardes, soy Bruno Malatesta —dijo avergonzado.

—Mamá, este es Bruno. —Le presentó sonriendo, enseñando todos los dientes.

La bella señora, de una forma educada, señala a Bruno que se podía sentar a la mesa. Un chico del servicio vierte el té en la taza delante del huésped y le acerca las galletas de mantequilla que la acompañan perfectamente.

Mientras se sienta la madre, con complicidad y casi para que no se oyera, le dice a su hija:

—No me dijiste que era tan guapo.

—Mamáááá.

Las dos comenzaron a reír. Él también lo hizo, porque inevitablemente había oído el chismorreo.

—Bruno, es mi deseo que te sientas cómodo en nuestra casa y en la familia. Desde que Angélika te conoce ha cambiado y eso me hace enormemente feliz. Si ella es feliz, yo lo soy. Así que gracias y bienvenido. —Concluye la madre jovial mirándolos a ambos.

La joven se había emocionado, el discurso le tocó la fibra. Era una mujer hermosa, con un pelo rubio, largo y unos ojos azules como los de la hija. De piel clara, bronceada suavemente. Llevaba un vestido de flores, un cinturón de cuero y un collar de perlas. Aparentaba haber salido de una revista de moda. De igual manera, la casa parecía arreglada para un set fotográfico de algún periódico de arquitectura. Todo estaba impoluto; la madre, la decoración de la habitación, el servicio, las exquisitas galletas de mantequilla con el té de las cinco. Todo menos una cosa que desentonaba allí en medio, Bruno. Él era la mosca blanca.

Hablaron durante una hora larga, en una conversación distendida y agradable. La señora le explicó que a la ceremonia del sábado por la noche asistirían unas cien personas para celebrar los sesenta años de su marido. Los invitados eran periodistas, industriales, empresarios, políticos, el alcalde, la “jet set” de la ciudad. Se esperaba de él un atuendo acorde al evento, su americana no era suficiente. El sastre de la familia vendría el sábado por la mañana a cogerle las medidas para el esmoquin de la noche. Bruno no tenía ni idea de cómo llevar ese traje de pingüino. No le hizo del todo gracia. Sin embargo, Angélika estaba tan eufórica que parecía su cumpleaños.

El reloj de pared tocó las siete. Era hora de retirarse, había que cambiarse para la cena de esa noche. La joven se llevó a Bruno su habitación donde le esperaban sus maletas. No tenían mucho tiempo, el té de las cinco se había alargado demasiado. Los invitados para la cena llegarían en breve.

Mientras caminaba por los largos pasillos de la mansión, Bruno volvió a experimentar la presencia de su sexto sentido. Esa vocecita interna que le decía que algo no le gustaba; a pesar de la espléndida madre, en esa casa vivía una energía negativa. Se preguntaba por qué había ido allí, por qué aceptó una situación tan incómoda. Tenía que seguir el plan, que tampoco sabía cuál era, pero tenía que seguir.

La habitación de Angélika era proporcional a la mansión. El lavabo era tan grande como el apartamento de Bruno. La estancia, con una librería una sala de estar, sofá con televisión y varios ambientes era igual al tamaño de una planta del edificio del italiano.

Se dieron una ducha rápida, malgastada, sin tocarse mucho, tenían que apresurarse. En su box cabían perfectamente, sin dar codazos a las paredes de plástico como en la casa del novio. Mientras ella se secaba el pelo, él miró por la ventana. Coches negros llegaban a la entrada de la mansión, el personal de servicio iba abriendo las puertas y bajaban invitados con vestidos elegantes.

Se pusieron el atuendo para la cena y se dirigieron a la sala donde se serviría.

Acabadas las escaleras, justo a la izquierda, había una puerta entreabierta. La curiosidad de Bruno lo hizo detenerse y mirar dentro. Una persona estaba hablando por teléfono en un grande y viejo escritorio de madera, lleno de cajones. Todas las paredes eran estanterías repletas de libros. Parecía un despacho, un estudio de alguien importante. No le dio tiempo a ver quién era, pero se pudo imaginar varias cosas.

La cena pasó más tranquila de lo que él pensaba. Se sintió más cómodo, evaporándose así el temor que tenía ante tal situación. La comida, típica alemana, estaba deliciosa, aunque él prefería mucho más la italiana. En la larguísima mesa cabían unos treinta comensales. En las dos extremidades se sentaban el señor y la señora Schwartz. La hija del matrimonio y el flamante novio recién presentado lo hacían

en medio de todos los invitados. Por fin conoció al padre de Angélika. Hacía varios años que salían y nunca había tenido la ocasión. Ni siquiera el día que le dejaron el Alfa Romeo para las vacaciones en Italia. Él, simplemente, le dijo: «Estaré de viaje. Las llaves estarán en ese sitio. Coge el coche y haced lo que queráis» Era un padre que había estado muy ausente en la infancia de su hija. Ahora intentaba contrarrestar esa falta de tiempo con viajes, coches y cualquier capricho que ella tuviese.

Bruno se quedó muy sorprendido por la extrema diferencia entre los padres. Igual que la madre tenía un aura que se podía ver a distancia, el padre era hermético, en su interior residía algo que no quería enseñar. Él, obvio, era la energía negativa de esa casa.

La cena pasó rápida, agradable y entretenida. La primera misión se había cumplido. Ese día transcurrió demasiado veloz para hacer ningún tipo de investigación en la casa. El programa del sábado pintaba que también sería un día frenético. Pero necesitaba averiguar cualquier cosa. Su instinto, su sexto sentido decía que tenía que estar alerta. Algo iba a encontrar, a lo mejor en el garaje, o en algún coche, en la bodega, en la buhardilla. Paciencia y esperar el momento propicio para actuar. Porque las ocasiones son como los trenes, o eres rápido en cogerlos o pasan solo una vez por la estación. Y el sexto sentido de Bruno latía fuerte, le decía que al día siguiente algo sucedería.

20:00, Stuttgart

Mansión Schwartz

sábado, 26 de mayo de 1990

La caravana de limusinas llegaba hasta la carretera.

El estrecho camino a la mansión se encontraba saturado de vehículos negros con las luces encendidas. Los botones, contratados para esa noche como servicio extra de la mansión, no daban abasto en abrir puertas. Un continuo goteo de la trajeada jet set de Stuttgart iban entrando con sus galas. Las mujeres, con preciosos vestidos de noche, competían para ver quién ostentaba la joya más reluciente. Acababa de empezar el evento mundano del año, el sesenta aniversario de Luther Schwartz. Si no estabas invitado a esa fiesta, no eras lo suficientemente importante o influyente.

Soltó la cortina y tapó la ventana de la habitación. Bruno nunca se había vestido con un esmoquin. Se sentía radiante, a pesar de su misión y de lo que sucedió durante la semana. Angélika, delante del tocador, terminaba de maquillarse. Para esa ocasión había elegido un vestido largo de color verde botella con incrustaciones de brillantes Swarovski. Por delante, se insinuaba la forma del pecho y por detrás enseñaba en su totalidad su preciosa espalda.

Bajaron por la escalera principal cogidos del brazo. Parecían dos príncipes. Era la presentación oficial a los amigos y a la sociedad. La heredera de la fortuna Schwartz por fin mostraba a su flamante pareja. Un simple y espléndido mecánico italiano. Dentro de una ovación hollywoodiana, la recepción de los invitados fue como una avalancha. Bruno no sabía hacia dónde mirar o a quién atender. Todo el mundo le preguntaba sobre política, periodismo, economía. Querían saber en qué manos estaba la fortuna del patriarca. Eso le iba grande, aunque la fama y ser el centro de la atención le gustaba. Tenía el peligro de

llegar a ser adictivo.

La cena empezaba después de un pequeño cóctel y del discurso del festejado con brindis incluido. Era programado así para entretener a los invitados, como un pulmón para permitir que llegasen todos al brindis.

El ambiente era distinguido, jovial, festivo. Los hombres se juntaban en corrillos hablando de temas de actualidad. De vez en cuando, se giraban, cogían un canapé de las bandejas que iban pasando mientras degustaban el caro champán. Del mismo modo, las mujeres, con sus espectaculares vestidos, socializaban entre ellas. El ambiente fue interrumpido por un tintineo, el patriarca estaba llamando la atención desde una esquina de la enorme sala. Era hora del gran discurso y del brindis.

Todos tenían en la mano una copa de champán, se hizo el silencio y empezó.

—¡Queridos amigos y amigas! Os doy las gracias por estar aquí en un día tan trascendental para mí y para mi familia. Algunos de vosotros venís de muy lejos y eso me hace enormemente feliz. Gracias, gracias a todos.

Bruno se encontraba a una distancia prudencial de su “suegro”. Angélika, en el momento en el que empezó a escuchar el discurso de su padre, quedó abducida por sus palabras. Dio dos pasos adelante para coger un vaso de champán y se olvidó del mundo, también de Bruno.

Todos estaban concentrados mirando al patriarca, expectantes por lo que iba a decir. Era el momento. Era el momento propicio para tener unos minutos de tranquilidad. Podía investigar en el lugar al que tantas vueltas dio en su cabeza durante la noche. Esa puerta medio abierta, el sitio en el cual Luther estaba hablando por teléfono, su

despacho. Si algo podía encontrar, su instinto le decía que allí estaría. Sigilosamente, fue retrocediendo, evitando las miradas del público. El despacho de Luther estaba justo en la habitación de al lado. La puerta del pasillo se encontraba a pocos metros. El corazón aumentó los latidos. Pero tenía que ir despacio para no generar sospechas. Todos miraban al festejado, jugaba a su favor el efecto túnel. Cuando estás centrado en algo en frente de ti, no ves en los laterales. Aprovechando esos mismos laterales, se escabulló de la enorme sala. Atravesó el pasillo rápidamente y entró en el despacho de Luther. Nadie le había visto. Parecía entrar en una biblioteca. Paredes enteras de estanterías con libros recientes y vetustos. Dejó la puerta entreabierta para ir escuchando el discurso para, en el momento en que acabase, volver a su lugar, al lado de su novia.

Entrar en ese despacho imponía. La energía de esa habitación era inquietante. Debía apresurarse, no tenía ni idea de cuánto iba a durar ese momento favorable.

Era buscar una aguja en un pajar y además a contrarreloj. Ese hombre podía tener cajas fuertes por todos los sitios y escondidas en falsas paredes de libros. Sin embargo, fue a lo fácil, a lo obvio, directo al escritorio.

Se encontraba delante de él, entallado con una madera antigua, tenía que haber pertenecido a alguien importante por sus dimensiones. Artesanía y antigüedad. El Sillón también de gran magnitud, pero moderno y con una peculiaridad distinguida, el asiento estaba muy alto, adaptado quizás a una persona de baja estatura.

En la parte frontal, la que se veía entrando, estaba llena de falsos cajones. Por la interna, donde se sentaba el usuario del mueble, había tres a la derecha, tres a la izquierda y uno central a la altura del estómago. Empezó por este último. Estaba cerrado a llave. Comenzaba mal. Abrió los de la izquierda, papeles, más papeles y objetos sin mucho interés. Pasó a los de la derecha. El primero contenía bolígrafos y lápices, material vario de oficina. En el segundo, desorden

y viejos objetos que se guardan en muchas ocasiones inútilmente.

El discurso seguía, pero sus palabras y la entonación parecía que iban acabando. Tenía que apresurarse, solo faltaba el último compartimento y se temía que no disponía de mucho más tiempo para rebuscar.

En el tercero encontró viejas cajas de cartón y, en el fondo, una pequeña de hojalata. Esta parecía muy antigua, probablemente pertenecía a su infancia. Le llamó la atención. La sacó del cajón y con sumo cuidado la abrió. No se lo podía creer. En su interior había solo y exclusivamente una llave. ¿Podía ser ella? ¿Podía ser la llave que abría el cajón central del escritorio? Le parecía demasiado fácil, pero a veces la vida es así, como con las combinaciones y contraseñas que nos rodean y que ponemos a nuestros objetos. La cogió y, para su grandísima sorpresa, entraba a la perfección. El corazón le empezó a ir a mil. Su instinto le decía que se encontraba muy cerca de algo importante. Corría muchísimo riesgo al estar allí haciendo eso, pero se lo debía a la persona que le había dado una segunda vida y una segunda oportunidad.

— Quiero dar las gracias a mi esposa, que ha estado a mi lado durante tanto tiempo soportándome, aguantando mis ausencias y educando a nuestra maravillosa hija.

En la habitación de al lado, Luther seguía con su discurso. No era consciente de lo que podía estar pasando en su cueva, en el sitio más seguro de su propia casa.

La llave entró, Bruno intentó girarla en sentido horario, pero no funcionaba. Entonces probó en sentido antihorario y tampoco funcionó. Se extrañó. La llave entraba, pero no giraba. Tenía que ser ella, ¿podía ser de otro cajón? Entonces se dio cuenta de que la

cerradura podía estar gastada por el tiempo. De ese modo, intentó girar en los dos sentidos sirviéndose de la vibración y buscando el juego que el desgaste de los años podía haber creado en la cerradura. Y por arte de magia, rotó. No era casualidad, era una habilidad innata que tenía Bruno con los objetos, con la mecánica, con todo lo que se proponía.

Rápidamente, estiró del cajón. En su interior encontró fajos de billetes nacionales e internacionales. Pesetas españolas, liras italianas y una cantidad ingente de dólares. Eso era un tesoro, jamás había visto tanto dinero junto. Además, un pasaporte, cajas de joyas, unos relojes antiguos, chequeras de diferentes bancos y algo que le llamó la atención. Algo que rompía con el orden de las cosas que estaban en el cajón. Tantos objetos de valor y una carpeta transparente en medio. ¿Podía ser el indicio que necesitaba para el lunes? Solo le quedaba la opción de sacarlo.

— Pero dejémonos de tanta parafernalia y vayamos a cenar, a reír y luego a bailar hasta que los pies no aguanten más y caigamos desvanecidos como adolescentes bajo la luna.

Luther, al otro lado, seguía hablando, continuaba escuchándolo de fondo, como si fuera un mantra. La vocecita interna de Bruno le decían que debía seguir, que era su momento, que tenía tiempo.

Extrajo la carpeta. Había unos papeles y dentro unas llaves que le resultaban familiares. En medio de los documentos, apareció un contrato. Leyéndolo por encima observó que era un precontrato de venta por el solar donde residía el taller de Jürgen a un fondo chino. Bruno se quedó helado. El peso de la responsabilidad y la sorpresa por haber encontrado eso le estaban aplastando con una fuerza inaudita. Lo primero que pensó fue que ojalá no hubiera sido cierto, sin

embargo, la realidad en ese caso estaba pasando por encima de sus más atrevidas elucubraciones. Miró la fecha y eso fue determinante, estaba firmado hacía un mes. Mucho antes de que encontrasen a su mentor muerto en un charco de sangre aplastado por el Porsche. Además, por una cantidad estratosférica.

En los papeles había también un proyecto de un centro comercial, un plan de empresa, con un dibujo en tres dimensiones y las tiendas de lujo que iban a configurarlo.

Pero también unas llaves, esas le resultaban familiares. Aparentaban ser viejas y obsoletas, no las conocía. Sin embargo, la dirección apuntada en el llavero era clara, indicaba la del taller.

Si hubiesen sido ellas, explicarían muchísimas cosas. Tenía que averiguarlo, lo necesitaba. En caso contrario, el gusano de la duda le habría carcomido todo el fin de semana. Cogió las llaves, volvió a dejar la carpeta en el interior y, sin tocar nada más, salió disparado del despacho.

— Pero antes os invito a hacer un brindis, a mis primeros sesenta años y a los siguientes y los siguientes. Con el mismo deseo de que pueda seguir rodeado de tantas personas excepcionales como vosotros. Gracias, y ahora brindemos, por nosotros, por vosotros y por el prometedor futuro que nos espera.

El discurso acabó. Luther brindaba con todos sus invitados. Nadie lo había visto salir de la casa. Se dirigió hacia el cobertizo, pidió las llaves de su lento Fiat al botones y salió despacio de la propiedad Schwartz, sin dar ninguna sospecha al servicio.

Había muchos kilómetros hasta llegar al taller de Jürgen. Quería comprobar esa misma noche si las llaves que había encontrado eran justamente las que se temía. A esa hora el tráfico era nulo, pero el pobre Fiat, aunque Bruno intentaba estrujarlo, daba unas prestaciones

modestas.

Tenía que darse prisa, su plan era volver a la cena para el segundo plato… si todo iba bien.

20:00, Stuttgart

Mansión Schwartz

sábado, 26 de mayo de 1990

Luther observaba el espectáculo desde la ventana de su habitación. Erguido enfrente al cristal, con las cortinas apartadas y con los puños en los costados en posición Benito Mussolini, miraba el desfile de limusinas que llegaban a su mansión.

«¡Menudos gorriones, langostas de la plaga de Egipto, cerdos trajeados, pingüinos ineptos, chupópteros enmascarados, facóqueros salvajes y hambrientos, sanguijuelas crónicas! Haces una fiesta y se te presentan en autocares. Abres un par de botellas de champán y aparecen amigos hasta de debajo de las piedras, manada de cazurros aristocratizados. Amigos esterilizados de compañía. Sois más falsos que los billetes del Monopoly. Así, así, entrad, ¡venid! Ni un jodido invitado ha declinado a venir a mi maldita fiesta», pensaba.

—¿Cariño, estás listo? ¿Qué haces? —Oye a su mujer desde el lavabo.

—Nada, mi amor, viendo llegar a nuestros queridos invitados. Sabes, me hace mucha ilusión, me gusta ver cuando vienen tantas visitas —dijo a regañadientes a su esposa.

No era una novedad. Luther siempre había sido más fraudulento que una moneda de dólar de chocolate. Su fortuna, en parte heredada de la familia, y en parte ganada a pulso con estafas y coacciones, trepando y aplastando sus rivales, era inmensa. Era temido y famoso en la ciudad. Era una de esas personas que preferías tenerla a tu lado que en contra, porque nunca sabías por dónde te iba a salir. En su intachable carrera de oligarca cometió solo un error, encargarse de algo que no tenía que haber hecho él. Eso podía tener unas consecuencias inesperadas.

Bajaron por la enorme escalera que tenía la mansión. Su mujer

tardó demasiado en arreglarse y se presentaron con retraso. Fueron directamente al salón donde se estaba sirviendo el cóctel. Luther se dirigió a la otra punta de la habitación. Atravesándola, se paraba a saludar a uno y a otro invitado. Cogió una copa de champán y se la llevó hasta el fondo donde, ayudado con una cucharilla, llamó la atención de los invitados para dar inicio al gran discurso. Cuando la consiguió, apoyo la copa de champán en la mesa de servicio que tenía al lado. Sacó un papel del bolsillo interno de su esmoquin, donde había escrito cuatro ideas importantes que remarcar.

Todo el mundo lo miraba. El silencio era general. Su mujer se encontraba entre los invitados, a unos cinco metros a su izquierda. Su hija y el inútil de su yerno casi al otro lado de la sala, a mano derecha. Estaban todos, podía empezar. Se aclaró la voz e inició:

—¡Queridos amigos y amigas! Os doy las gracias por estar aquí en un día tan trascendental para mí y para mi familia. Algunos de vosotros venís de muy lejos y eso me hace enormemente feliz. Gracias, gracias a todos.

¡Sesenta… sesenta años! BUUUFF. Han pasado en un suspiro. Que rápido se dicen y que rápido han pasado. Triunfos y derrotas. Éxitos y fracasos. Viajes y negocios. Amigos y parientes. Aventuras y desastres. Se han entrelazado en tantos años, en una vida tan intensa como la mía.

Me he dado tiempo a vivir todo tipo de sensación, emoción y situación. Veo en vuestros ojos la ilusión que tenéis de estar aquí, de la misma manera, cada uno de vosotros me recuerda un momento de mi vida. No sé si podré saludaros a todos esta noche porque sois muchos y seguramente os mereceríais más atenciones de las que os pueda dar. Por favor, no me lo tengáis en cuenta.

Quiero dar las gracias a mi esposa, que ha estado a mi lado por tanto tiempo soportándome, aguantando mis ausencias y educando a nuestra maravillosa hija.

Me siento muy feliz en el día de hoy porque la vida nunca me

ha sonreído tanto como en el último periodo. Y muchos de vosotros lo habéis vivido conmigo en estos tiempos tan convulsos.

Luther se sentía un actor de Hollywood, estaba dando una lección magistral de interpretación. Pero no quería alargarlo demasiado. Se detuvo, dio importancia al silencio para crear más expectativas y se giró para coger su copa de champán de la mesilla de servicio. En ese preciso momento, algo le perturbó. En Luther residía un alma de cabrón, pero desgraciadamente era muy listo. Vio enseguida algo que no tenía que estar encendido. La lucecita roja en el teléfono de la mesa indicaba que alguien estaba realizando una llamada desde su despacho. Entonces se preguntó: «¿Quién se atreve a estar en mi cueva? ¿Quién está llamando en medio de mi discurso?». Herido en su ego y profanado en su estudio, tenía que averiguarlo. Todo era demasiado inquietante. Como si nada, siguió.

—Pero dejémonos de tanta parafernalia y vayamos a cenar, a reír y luego a bailar hasta que los pies no aguanten más y caigamos desvanecidos como adolescentes bajo la luna.

Levantó la copa y siguió:

—Pero antes os invito hacer un brindis, a mis primeros sesenta años y a los siguientes y los siguientes. Con el mismo deseo de que pueda seguir rodeado de tantas personas excepcionales como vosotros. Gracias, y ahora brindemos, por nosotros, por vosotros y por el prometedor futuro que nos espera.

Cuando iba a beber su champán, en medio de ese filtro amarillento del espumoso y entre las burbujas, vio a alguien qué pasaba rápidamente por el final de la sala. Estaba vestido de negro, seguramente un invitado. ¿El mismo que llamó desde su despacho? Pero ¿quién se

podía haber atrevido a entrar en su cueva? Tenía que averiguarlo de inmediato.

Después de beber, hubo una ovación general y un inmenso aplauso. Se acercó a su mujer, le dio un beso y comenzó a cruzar la sala lentamente. Todos querían estrecharle la mano, desearle feliz cumpleaños y darle la enhorabuena por el emotivo discurso.

Al cabo de unos minutos, consiguió salir de la sala y meterse en su despacho. Cerró la puerta detrás de él. Todo estaba en orden, la apariencia denotaba que no había pasado nadie por allí. Se acercó a su escritorio, los cajones parecían cerrados, pero destacaba un detalle, casi insignificante, sin embargo, trascendental, el central tenía la llave puesta. Luther aguantó la respiración, pensó que le habían robado todo lo de valor, joyas, dinero, chequeras, pero la realidad era mucho peor. Estiró del cajón y se dio cuenta enseguida. Faltaban las llaves del taller de Jürgen en la carpeta transparente. No podía creérselo.

—¡Scheisse! —gritó

Tenía que interceptar a ese grano en el culo que había aceptado en su casa.

Con la presión de abandonar la fiesta de su cumpleaños, atravesó las cocinas, que eran un hervidero, y salió por la puerta de atrás. La esperanza era que nadie lo viera. Costeó la torre de base redonda que tenía la casa hasta el cobertizo. Entró en su Mercedes y salió de su mansión frente a la sorpresa generalizada del personal.

Empezó a conducir hacia el taller de Jürgen, a todo lo que daba el coche. Se encontraba en una posición de jaque mate, pero quería pensar que aún estaba a tiempo de arreglarlo. Costase lo que costase. Como si tenía que sobornar a quien fuera o incluso llegar a los extremos que hiciesen falta. En pocos minutos, alcanzaría su destino. La situación era límite. Se jugaba su última carta con las mismas posibilidades que en una ruleta rusa. Y pronto sabría cuál le tendría reservada el destino.

25

21:00, Stuttgart
Taller Jürgen
sábado, 26 de mayo de 1990

La verdad es necesaria.
En ocasiones duele… y mucho. Su naturaleza es intensificar el dolor. Lo agudiza hasta niveles que nunca habías probado y que no creías poder soportar. Pero es necesaria, es inevitable llegar hasta el fondo, hasta entender. Eso se llama camino de sanación y Bruno lo acababa de iniciar. Había sido lento, pero el primer paso fue firme. Tuvo el coraje de abrir el cajón de Luther. Se encontraba en el camino correcto, inconsciente de ello y de que los golpes más fuertes e inesperados iban justo a suceder en ese instante.

El italiano aparca el Fiat delante de la puerta trasera del taller. Deja encendidas las luces para tener visibilidad. Salta entre la maleza hasta llegar delante de la entrada. Se siente un pingüino, ese incómodo traje blanco y negro no servía para nada, solo para quedarse de pie, rígido como un bacalao. Saca las llaves que ha encontrado en el despacho. Empieza a buscar la más adecuada al viejo y oxidado paño. Tenía que ser rápido, la intención era sentarse a la mesa de la cena antes de que llegara el segundo plato. El joven e ingenuo Malatesta no quería estar demasiado tiempo ausente de la mansión. Estaba sudando, en pleno julio, con el peligro de ensuciarse en los matorrales el traje de

alquiler.

Primero probó una llave, y nada. Luego, la segunda y la tercera. A la cuarta, con dificultad, entró como si hiciera mucho tiempo que esas dos partes metálicas no se hubieran acoplado. Finalmente, la llave giró y todos los presagios se materializaron. Estaba claro, Luther tenía algo que ver con la muerte de Jürgen. Se había metido en un buen lío. Ahora necesitaba volver rápidamente a la fiesta, sin embargo, las luces de un segundo coche lo deslumbraron.

Un vehículo se detiene, permanece con toda la potencia lumínica encendida adrede, impidiéndole ver quién era. Una figura baja del coche, se le acerca y de repente dice:

—Maldito italiano. ¿Qué te creías, que no me había dado cuenta de lo que perpetrabas en mi casa?

Bruno se quedó sin palabras, intentó balbucear algo cuando se interrumpió. No solo era complicando, sino que la situación se estaba poniendo muy peligrosa.

La figura siguió avanzando.

—Chaval, eres un grano en el culo, un efecto colateral. ¿Pensabas venir a nuestra civilizada nación y poder quedarte con las herederas más importantes de esta ciudad? ¿EN SERIO?

—Se… señor déjeme e… explicarle.

Luther se acerca y le apunta con la pistola.

—¡No te voy a dejar explicar nada! Reducto societario. Todo me iba bien en la vida hasta que has aparecido tú, enamoraste a mi hija y ahora, durante mi fiesta de cumpleaños, me haces venir aquí, a un descampado.

Bruno era joven y en ocasiones ingenuo, pero la providencia lo había armado de sensatez para saber cubrirse las espaldas. Iba más equipado él que el alemán, aunque no lo enseñara.

—¿Me quieres explicar qué vas a hacer con eso? Pequeño ladrón de biblioteca. Lo que tienes en la mano es mío —dijo explorando una posible vía de encuentro para resolver la situación.

—¿Por qué mataste a Jürgen?

—Eres más tonto de lo que pensaba. Pequeño italiano de las narices, ¿sabes cuánto vale el centro comercial que se va a construir en este maravilloso terreno? Ni te lo puedes imaginar, y tú casi lo estropeas todo.

—Jürgen era una buena persona, lo habría entendido si se lo explicabas.

—Pero ¿qué sabrás tú? —dijo con el mismo tono que usó Al Pacino con el decano en "Esencia de mujer"—. Llevábamos años detrás de ese mecánico de pacotilla, intentando convencerle. Vete, te doy tiempo, búscate otro sitio. —Y entonces empezó a gritar—. ¡Hasta dinero le ofrecimos para que se fuera! Y nada… ¡NADA! Nos llevó a la locura. Ya no sabíamos cómo echarle. Ese barbudo sucedáneo semicivilizado ha recibido lo que se merecía. ¡Dichoso el día en el que le hice un contrato tan barato por esta maldita chabola!

Bruno, con los ojos desorbitados, no se podía creer lo que estaba escuchando. Tenía que haber alguna otra razón por la que Jürgen no quisiera marcharse.

—Aún tenía quince años de contrato. ¿Tú crees que los negocios y el progreso pueden esperar quince malditos años? Pero ¿estamos locos? —Entonces se tranquilizó, cambió de tercio y siguió—: En fin… ¿Cuánto quieres por tu silencio?

El italiano se sorprendió.

—Yo no quiero dinero, lo único que quiero es a tu hija y justicia para Jürgen.

—¿Mi hija…? ¿Qué quieres a mi hija? Y, ¿te has preguntado si ella te ama? ¿Pensabas que una chica de su nivel se hubiera fijado en ti… porque sí? ¡Estábamos de acuerdo!

Luther se acerca aún más y se queda a un metro del italiano, apuntándole con la pistola y empezando a jugar con su tono de voz.

—Sí, es verdad, al inicio le hacías gracia. Pero luego creímos que eras el topo perfecto dentro del taller, necesitábamos saber todos los movimientos de Jürgen; y eso fue gracias a ti. ¿Realmente pensabas que el viaje por la Costiera Amalfitana con mi coche te lo hubiera

pagado sin un segundo fin? ¿Tan ingenuo eres? Eras parte del plan, chaval. ¡Despierta! Más vale que te calles, porque eres un cómplice. —Se acerca al italiano y con voz amenazante concluye—: Si el barco se hunde, tú te hundes con nosotros. ¿Entiendes?

Era terrible la situación en la que Bruno se había metido, pero estaba clara. Por un lado, tendría su salvación si acataba las reglas del magnate; y, por el otro, podría arrastrar a todos hasta las profundidades de la verdad más oscura.

Pero no todo estaba perdido.

Las paredes traseras del taller comenzaron a tintarse de azul. Desde lejos, empezaron a sonar las sirenas de la patrulla de policía. Estos seguían la luminosidad de los dos coches aparcados. Llegaba la caballería.

—Mierda, ¿cómo nos han encontrado? —dijo Luther.

Tenía que hacer algo, no podían encontrarle en esa tesitura. La situación ya se le había escapado de las manos demasiado. Agarró con fuerza la pistola y, con la base de la empuñadura, golpeó en la cabeza a Bruno. Este cayó al suelo igual que un saco de patatas, inconsciente y con el rostro lleno de sangre. Entonces, limpió sus huellas de la pistola como pudo y la empuñó en la mano del chaval. Justo a tiempo para que aparecieran los primeros dos policías.

—¡Socorro… socorro!, es un loco, me estaba apuntando con la pistola —dijo Luther retrocediendo con las manos arriba.

—¡Quietos!

Los dos policías armados se acercaban a los dos individuos. El primero le dio una patada a la pistola que sujetaba el italiano, para después levantarlo y esposarlo.

—Gracias a Dios habéis llegado, justo a tiempo. ¡Gracias!

Luther creía haberse librado; ya se estaba tranquilizando cuando del segundo coche aparece una silueta familiar. Se iba acercando, tranquilamente. Las luces de su vehículo le impedían entender de quién se trataba. A dos metros, se coloca delante del Mercedes cortando el haz de luz y le entrevé. Era Otis.

El inspector se encontró con una situación surrealista. Luther, el Napoleón de Stuttgart, suelto a la derecha; y a su izquierda, dos agentes que habían esposado a un joven Bruno Malatesta ensangrentado.

—Mira, mira, ¿a quién tenemos aquí? Quien no muere se vuelve a ver —dijo con retintín

—Señor inspector, suerte que han venido. Este hombre me quería matar. —Se defendió el interpelado con toda su desfachatez.

Este le respondió mirándole la cara y con tono casi divertido:

—¿Sí? ¿Está usted seguro? ¿Qué le parece si se lo preguntamos a Bruno?

Y sin decir una palabra más, el inspector se dirige al joven que seguía esposado y con la mitad de su rostro chorreando sangre. Introduce una mano en el bolsillo derecho del esmoquin y extrae una grabadora. Para la grabación, rebobina, aprieta el botón “Play” y se empieza a escuchar:

—¿Por qué mataste a Jürgen?

—Eres más tonto de lo que pensaba. Pequeño italiano de las narices, ¿sabes cuánto vale el centro comercial que se va a construir en este maravilloso terreno? Ni te lo puedes imaginar, y tú casi lo estropeas todo.

—Jürgen era una buena persona, lo habría entendido si se lo explicabas.

—Pero ¿qué sabrás tú? Llevábamos años detrás de ese mecánico de pacotilla, intentando convencerle. Vete, te doy tiempo, búscate otro sitio.

Luther se enfurece, su cara se transforma en la de un diablo humeante de rabia. El “no tan inepto” italiano le había jugado una doble trampa. Sufrió su peor jaque mate.

El inspector hace un gesto a otros agentes y estos lo cogen por detrás.

—Lleváoslo —ordenó a sus compañeros.

—¡Esto no se acaba aquí! Os las tendréis que ver con mis abogados. ¿Os dais cuenta de qué tipo de tiburones tengo en nómina? Estáis cometiendo un error. Dejadme ir. Soy un contribuyente, víctima de un engaño —espetaba con la cabeza torcida mirando hacia atrás, mientras los agentes se lo llevaban al coche patrulla.

—Liberadle —ordena a los policías que estaban sujetando a Bruno —. ¿Cómo te encuentras?

—Parece que me va a explotar la cabeza —respondió el italiano, sangrando.

Los dos policías que escoltaban a Luther al coche patrulla se detienen por la llegada repentina de un tercer vehículo. Era el Audi descapotable de Angélika. Esta sale disparada, aún con sus zapatos de tacón y el vestido de gala. Va directa hacia su padre, pero es sujetada por uno de los dos agentes.

La situación se complicaba con la aparición de la muchacha. Las mejores sorpresas son como la venganza, se guardan para el final y se sirven en un plato frío.

21:20, Stuttgart

Taller Jürgen

sábado, 26 de mayo de 1990

La situación se había complicado.

En la partida de ajedrez que se estaba jugando, ningún jugador se hubiera imaginado la aparición de la reina.

—¡Dejadle ir, es inocente, es un buen hombre! ¡Dejadle ir! —grita la chica sujeta por un policía.

—Esperad, chicos, no os vayáis. —El inspector se acerca y sigue—: Me alegro de que usted haya venido.

La chica, sujeta como una leona enjaulada, intentaba empujar al policía para poder tocar a su padre.

—Sabéis, siento la necesidad de ser sincero. El día que os conocí me llevé una falsa impresión de vosotros dos. Entré por la puerta del despacho sin una idea clara de lo que me iba a encontrar. Simplemente, mi visita era de normal administración, ¡rutinaria, vaya! Sin embargo, al salir me llevé una falsa idea de vosotros dos. ¡Sí, me explico! —decía Otis con parsimonia y saboreando el momento.

» Me fui de vuestra oficina con la idea de que la hija era un angelito inmaduro y sobreprotegido por el padre. Y usted —se gira hacia el pequeño Napoleón— un soberbio empresario que escondía algo. Además, con unas tremendas e inexplicables ganas de echarme de su despacho. Eso no me gustó lo más mínimo. Pero me hizo empezar a abrir los ojos. En el coche hacia la central después del funeral, había algo de nuestro encuentro que no me cuadraba. Un detalle que martillaba mis neuronas por su evidencia. Entonces me acordé de una particularidad que dijo y empecé a hurgar en los ordenadores. Señor Schwartz, usted dijo… a ver si me acuerdo de sus palabras: "*Nuestra empresa es un holding y dueña de inmuebles en la ciudad*".

» ¿Y sabe qué? Descubrí que una de vuestras empresas inmobiliarias era dueña de un solar, casualmente en la periferia de Stuttgart… Y ¡bingo! Usted me dio la pista. Aunque, siendo sinceros, me mintió. ¡Me explico! Cuando entregué la foto del señor Jürgen Nebe a su hija, usted me la devolvió diciéndome que no le conocían. Se enredó con sus propias manos. Era su inquilino, el más complicado y de más antigüedad. La verdad es que me hizo mucha gracia porque pensé que cómo podía ser que un hombre de negocios como usted, calculador y detallista, no conociera a esa persona. Pero las mejores sorpresas aún tenían que llegar. Después del hallazgo, tenía aún más dudas. Así que se me ocurrió entregar la foto que habían visto ustedes al médico forense y encontramos vuestras huellas. Y ¿sabéis qué? Coincidían con una huella parcial en la llave inglesa, sucia de sangre de la víctima, encontrada en el taller. Sí, coincidían… ¡Oh claro, tengo que decir al respeto que había sido muy bien limpiada! Pero no perfecta. Ya sabéis el dicho, "Las armas las carga el diablo". El asesino tuvo mucho cuidado en evitar todo indicio, limpiar el arma y dejarla en el lugar de donde fue cogida. Casi ilocalizable, como buscar una aguja en un pajar.

Los dos Schwartz ya se temían lo peor, se lanzaban miradas de sorpresa y desconsuelo.

—Coincidía sí, pero con las huellas dejadas en el marco inferior de la Polaroid por Angélika. ¿Es verdad, señorita, que mató usted a Jürgen Nebe?

—¡Nooooo! —gritó a pleno pulmón el padre—. Fui yo a matar a ese viejo. ¡He sido yooo! Dejadla, por favor, he sido yo… Ella no ha hecho nada. —Y se pone a llorar mirando hacia el suelo. Comenzaba a darse cuenta de qué tipo de padre ausente fue, y ese era el resultado.

Desconcertada y casi sin palabras, la hija se quedó muda. Se sintió como una palmera arrollada por el viento, por el mismo ciclón que había originado ella misma.

—Lo siento, papa, lo hice por ti, por nosotros. Sabía que la empresa estaba en banca rota, sin esa venta hubiéramos cerrado. Por

favor, perdóname —dijo hacia él, como si los demás asistentes a la partida no estuviesen.

—Lamento haberte arrastrado a este lío, hijita. Y haber compartido contigo tantos problemas que, seguramente, debía guardarlos para mí. No, perdóname tú —respondió mirándola a los ojos.

La herida de Bruno seguía chorreando sangre. El golpe había sido muy fuerte y la cabeza estaba a punto de estallarle. Pero, a pesar del fuerte dolor craneal, aún más intenso era el que estaba probando en el pecho. Hubiera podido agacharse para recoger todos los pedazos de su corazón que acababa de ser hecho añicos. Ni una palabra, ni una letra, ni un solo aliento salió de su boca. Todo era demasiado incomprensible para él. Primero Jürgen, y ahora Angélika. Se preguntaba qué había hecho para merecer eso. Dejó de mirar a la chica, a la que tanto había amado y que resultaba ser la pieza más desconocida de toda la partida de ajedrez.

—Angélika Schwartz, está detenida por el asesinato de Jürgen Nebe. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser y será utilizada en su contra ante un Tribunal de Justicia. ¡Lleváosla también!

Los agentes los acompañaron hacia los vehículos. Entonces la mujer lanzó toda su ira hacia el que fue, hasta hacía unos minutos, su novio.

—¿Por qué nos has hecho esto? ¿Por qué nos has traicionado de esta forma? ¿Es que no comprendes que íbamos a tener una vida perfecta? Había confiado en ti y ¿así me lo devuelves? —gritaba la joven agarrada por un agente, mirándolo como si toda la culpa la tuviera él.

Los dos fueron introducidos en dos coches separados y se los llevaron a la central, delante del silencio de todos. El señor Schwartz no añadió ni una sola palabra, por rabia o desprecio no dirigió ni una sola mirada al italiano.

Esa fue la última vez que Bruno la vio. Entrado en un coche patrulla de policía, agachando la cabeza, sobre un fondo rojo de

sangre.

Se habían quedado solos el inspector y Bruno en la parte trasera del taller, en el descampado. Llegaban más refuerzos y una ambulancia para medicar al joven italiano.

—Menuda noche. Pero te puedes sentir orgulloso, has hecho lo que debías. —El inspector reconfortó al italiano.

—¡No lo sé! No sé si he hecho lo correcto. En este momento estoy dolorido y confundido.

La moralidad entre el bien y el mal lo había arrollado como un tsunami. Tenía el cuerpo magullado por la fuerza con la que lo había derrotado. En la misma báscula tenía lo correcto y la verdad, contra una aparente vida perfecta que le había prometido la familia Schwartz. Pero, a pesar de los cantos de sirena, su instinto le había llevado hacia la justicia. A resolver la muerte de la persona que le había dado una oportunidad en ese frío país, en el cual ya no quería estar. Fundamental fue el hallazgo en el despacho de Luther y la llamada al inspector.

Había perdido a su mentor, a su novia, su vida, su realidad, su futuro. Un torbellino de acontecimientos transformó su existencia en tan solo una semana.

Después de la muerte de Jürgen, se desvaneció la persona qué más quería, la chica con la que deseaba tener una vida, unos hijos, crear su familia. Se había quedado desnudo ante el destino.

La vida da… y la vida quita. Bruno se había dado cuenta de que había perdido a Angélika, a la que consideraba el amor de su vida. Lo que no había entendido es que, justamente, solo lo que se pierde, se conserva para siempre.

El inspector y Bruno se giran hacia el taller, como si el alma de Jürgen

hubiera podido estar allí viendo lo que acababa de suceder.

—Estaría orgulloso de ti —dijo el inspector demostrando una pizca de la amabilidad que tenía hacia el chico.

—Espero haber ayudado poniendo algo de luz a esta situación —contestó el italiano.

—Que no te quepa duda. Hemos evitado que la oscuridad cubriera este suceso y que la muerte de tu mentor cayera en el olvido, como muchos casos sin resolver.

27

17:30, Málaga
Viaje en Ave
miércoles, 14 de abril de 2019

Su viaje había concluido.

El tren de alta velocidad estaba entrando en la estación de Málaga y devolviendo el Bruno maduro a su vida habitual. El trayecto le pareció más largo de lo que realmente había sido. Se tocaba la cicatriz que persistía en su frente. Gemela a la que tenía de Angélika en su corazón. La marca seguía visible y los espejos le recordaban su etapa en Alemania. Rememoró lo sucedido hacía ya muchos años. Jesús de la Cruz le dio una oportunidad en España. Cuando su primer mentor murió, en ese lejano martes donde su mundo se descalabró, Jesús, su segundo mentor, había creado un nuevo hábitat y una nueva oportunidad.

El tren se paró, bajo del vagón y se fue a buscar su coche en el aparcamiento de la estación. Una cierta curiosidad nacía en él por saber quién le esperaba en su despacho. Tenía que ser algo importante por la manera en la que Pedro le había hablado.

Bruno necesitó dos mentores para comprender cuán importante es esa figura en la vida de una persona. La vida se los dio en el momento justo que los necesitaba, y se los quitó cuando necesitaba crecer y seguir por sus propios medios. Las personas adecuadas siempre aparecen en nuestro

camino cuando las necesitamos, ni antes ni después, en el momento adecuado.

* * *

18:30, Marbella
Taller AOLAR
miércoles, 14 de abril de 2019

Los treinta kilómetros que distanciaban su despacho de la estación de trenes pasaron rápidos, nada que ver con el trayecto hasta Madrid. Aparcó delante de la oficina y enseguida salió Pedro para recibirle.

—¿Qué tal, jefe? ¿Cómo estás? No sabes cuánto lo siento. Espero que hayas dado el pésame a la familia de la Cruz de mi parte —dice, con su mano derecha recibiéndolo en la puerta.

—Sí, Pedro, no te preocupes, se lo he dado.

Los dos siguen hablando de cómo había ido el viaje inesperado y se dirigen a la cafetera. Mientras tomaban un café, Pedro se acuerda de algo.

—¡Bruno! Tienes a la visita en tu despacho. Te está esperando.

Los dos se habían quedado distraídos hablando de temas urgentes, olvidándose del chaval que había venido a verle.

Enseguida, Bruno se acerca a su despacho, entra y ve un chico de unos veinte años, pálido como una hoja de papel, pelo rubio y corto, alto y delgado.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Malatesta, gracias por atenderme.

—Siéntate —dice el italiano indicándole una silla en frente de su escritorio—. ¿A qué debo esta visita?

—Mire, acabo de terminar la escuela de mecánicos en Madrid, especializada en coches de carrera. Me he enterado de que vosotros sois de los mejores talleres de Porsche en Europa. Estoy dispuesto a quedarme a aprender, aunque no tenga que cobrar nada.

Bruno, sorprendido por las ideas claras que tenía el chico y hasta dónde estaba dispuesto a llegar, le escuchaba atentamente. Inevitablemente, se acordaba de él mismo cuando aterrizó en Alemania. Estaba en deuda con la providencia. De la misma manera que le dieron aquella oportunidad a él, tenía que dársela a ese chico. Sin embargo, ese día no supo interpretar las señales de su sexto sentido. Lo vivido en el hospital de Madrid y las emociones que había removido recordando su paso por Alemania, impidieron entender el mensaje: ese chico llevaba consigo una energía extraña, para no fiarse. Ese error le costaría caro, pero, por supuesto, aún no lo sabía.

—Le he traído mi currículum. —El chico se levanta y se lo entrega.

Bruno lo coge y lo primero que mira es cómo se llama el que ya había decidido que sería el próximo miembro de su equipo:

CURRICULUM VITAE de:

Nombre: ALEX

Apellidos: …

…

¿Te ha gustado?

Descubre Asesinato en el Rally Costa Brava. Y entra en el trepidante mundo de **Bruno Malatesta con LA SEGUNDA ENTREGA.**

IR AL LIBRO

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos transciende a las pistas de rally, hasta chocar con sus intereses personales. La venganza y la inesperada traición convertirán una carrera destinada a proclamar el mejor piloto de Europa, en un trágico fin de semana.

Un acontecimiento dramático lo cambiará todo. La muerte de uno de los pilotos pondrá en entredicho la profesionalidad de Bruno Malatesta, el famoso director deportivo de coches de carrera.

Ayudado por su aletargado instinto, se verá obligado a asumirse el rol de **investigador para esclarecer el presunto asesinato de su mejor amigo.** Seguirá los mensajes del destino y recibirá la ayuda

inesperada de unos fantasmas del pasado y de un curtido inspector de policía.

Una novela negra adictiva, ambientada en el mundo de las carreras de coches, con la Costa Brava y el Mediterráneo como telón de fondo.

Desde **París** hasta **Lloret de Mar**. Del **amor** hasta la **muerte**.

UN THRILLER TREPIDANTE, CON GIROS INESPERADOS Y SORPRENDENTES, QUE TE ACOMPAÑARÁN EN TODA LA HISTORIA Y TE EMPUJARÁN A DESCUBRIR LA VERADAD.

Los amantes de la literatura de Agatha Christie, Dan Brown, Jo Nesbø, Joël Dicker o Dolores Redondo, pero también las series como El Inocente, The Mentalist, True Detective disfrutarán con este estremecedor thriller por la Costa Brava.

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este cuadrado:

Además, ya estoy escribiendo la próxima entrega de Bruno MALATESTA. Si quieres estar informado sobre mis novedades, puedes apuntarte a la newsletter en mi página web.

Te mandaré solo y exclusivamente información de mis obras e información sobre mi.

Aprieta aquí 👇

BRACCAIOLI - NEWS LETTER

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

¿Te ha venido hambre leyendo el capítulo 20?

Bruno Malatesta prepara unos espaguetis magníficos para Angélika. La receta original es de mi madre. Hablando con Manel Fontainebleau, uno de mis lectores beta, se nos ocurrió que podía ser divertido regalar la receta. Asíque si te apetece probar los Spaghetti aglio, olio e peperoncino PLUS de la “Mamma”, puedes descargarla con este link:

LINK PARA LA RECETA

O también escaneando **con la cámara del móvil este cuadrado:**

SOBRE EL AUTOR

Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento

arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique: